

EL MAESTRO SOLNESS

DRAMA EN TRES ACTOS

(1892)

NOTA PRELIMINAR

Apareció El maestro Solness por primera vez en volamen el 12 de diciembre de 1892, editado en Copenhague, y a su tiempo figuraría en la edición definitiva de las obras completas de Ibsen. Se tradujo inmediatamente al inglés, al francés, al alemán—lengua a la cual lo vertió el hijo del autor, Sigurd Ibsen—, al ruso, al italiano, al holandés, al húngaro, al checo, al polaco, al español, y con los años, a todos los demás idiomas.

Su primer estreno tuvo lugar en Trondhjem, el 19 de enero de 1893, representándolo una compañía danesa, que lo divulgó por toda Noruega; en el Teatro de Cristiania, el 8 de marzo de 1893, y con la misma fecha, en el Teatro Real de Copenhague; en Goteborg y en Estocolmo lo estrenó la compañía de Lindberg el 23 de marzo y el 6 de abril de 1893, respectivamente,

te, y en el Teatro de Bergen se dió el 11 de junio de 1894. Alemania lo montó en varios teatros de Berlín y otras poblaciones; en Viena se estrenó el 26 de marzo de 1898, representándose durante toda la Semana Ibseniana en el Burg-Theater. También se ha representado en Inglaterra y en Francia—Théâtre de Cluvere, de París, con una conferencia de Camille Maclant—, y el actor francés Lagné-Poe lo interpretaría en lengua gala por distintos países, Noruega inclusive, cosechando alabanzas de Ibsen; asimismo se representó en Bélgica, en Holanda, en Italia y en Estados Unidos.

La crítica lo acogió muy elogiosamente en general, a raíz de su aparición, desde la prensa, y después, por medio de los numerosos libros consagrados en el mundo entero a Ibsen.

1306581

PERSONAJES

HALVARD SOLNESS, maestro constructor.	El DOCTOR HERDAL, médico de la casa.	RAGNAR BROVIK, su hijo delincente.
SEÑORA ALINA SOLNESS, su mujer.	KNUT BROVIK, antiguo arquitecto, en la actualidad ayudante de Solness.	KAJA FOSLI, contable. Varás Señoras. Muchachunbre callejera.
SEÑORITA HILDA WANGEL.		

La acción, en casa de Solness.

ACTO PRIMERO

Despacho modestamente amueblado en casa de Solness. A la izquierda, puerta de dos hojas que da al vestíbulo, y a la derecha, otra que lleva a las habitaciones interiores. Al foro, puerta abierta del cuarto de dibujo. En primer término, junto al lateral izquierdo, un pupitre con libros, papeles y recado de escribir. Más al fondo, una estufa. En el rincón de la derecha, un sofá, una mesa y varias sillas. Sobre la mesa, un jorro de agua y vasos. En primer término, junto al lateral derecho, otra mesa pequeña, flanqueada de una mecedora y un sillón. En la mesa, lo mismo que en el cuarto de dibujo, en el pupitre y en la otra mesa del rincón de la derecha, hay lámparas encendidas.

En el cuarto de dibujo están sentados KNUT BROVIK y su hijo RAGNAR, haciendo planos y calculos. Ante el pupitre del despacho se halla KAJA FOSLI, de pie, escribiendo en el libro mayor. KNUT BROVIK es un anciano delgado, de barba y pelo canoso. Viste levita negra, un tanto gastada, aunque limpia. Lleva gafas y se enrolla al cuello un pañuelo blanco, algo amarillento ya. RAGNAR BROVIK, de unos treinta años, rubio, va bien traído y se encorva un poco. KAJA FOSLI es una muchacha joven, con algo más de veinte años, gudebie de constitución, que va vestida con cámara, lo cual no impide que se note su aspecto enfermizo. Protege su vista una visera verde. Los tres trabajan durante un rato en silencio.

KNUT BROVIK. (Se levanta repentinamente, presa de visible angustia, y se dirige a la puerta abierta del despacho, respirando con fatiga.)
¡No voy a poder aguantarlo más!

RAGNAR.
Sí; es mejor que aguardes, padre.
KNUT BROVIK. (Respira con esfuerzo.)
¡Ah! La verdad es que no creo que vaya a aguardar mucho tiempo.
KAJA. (Escuchando.)
¡Chis! Oigo sus pasos en la escalera.

(Los tres vuelven a su trabajo. Momento de silencio. SOLNESS entra por la puerta del vestíbulo. Es hombre de cierta edad, sano y robusto, con pelo castaño, rizado, bigote oscuro y cejas espesas. Viste un traje de colores verdoso, con chaqueta abotonada, de cuello y solapas anchas. Se cubre con un sombrero gris, de fieltro flexible, y trae bajo el brazo dos carpetas.)

SOLNESS. (A la puerta, señala con el dedo hacia el cuarto de dibujo y pregunta, en voz baja.)
¿Se ha ido ya?

KAJA. (En el mismo tono, moviendo negativamente la cabeza.)
No. (Se quita la visera.)
(SOLNESS entra, arroja su sombrero sobre una silla, deja las carpetas encima de la mesa pequeña y se aproxima al pupitre. KAJA escribe sin cesar; pero está visiblemente nerviosa.)

SOLNESS. (En voz alta.)
¿Qué va usted registrando, señorita Fosli?

KAJA. (Estremeciéndose.)
¡Oh! Nada; solamente...

SOLNESS.
A ver, señorita. (Se acerca a ella, inclinándose sobre el libro mayor, y

mientras finge que lee murmurando.)
¡Kaia!...

KAJA. (Escribiendo.)
¿Qué?

SOLNESS.
¿Por qué se quita usted la visera siempre que entro?

KAJA. (Quedamente.)
Porque me hace muy fea.

SOLNESS. (Somnolenta.)
¡Ah! ¿De modo que no quiere usted parecer fea, Kaia?

KAJA. (Le mira de soslayo.)
¡Claro que no! Y menos a los ojos de usted.

SOLNESS. (Acariaciéndole ligeramente los cabellos.)
¡Pobre, pobrecita Kaia!

KAJA. (Inclina la cabeza.)
¡Chis! Pueden oírle.
(SOLNESS da unos pasos hacia la derecha, se vuelve y se detiene junto a la puerta del cuarto de dibujo.)

SOLNESS.
¿No ha venido nadie preguntando por mí?

RAGNAR. (Levantándose.)
Sí; esos jóvenes que quieren hacerse construir una villa en Lovstrand.

SOLNESS. (Desdénso.)
¡Ah, ya! Esa pareja. Pues tendrán que esperar. Todavía no he trazado los planos.

RAGNAR. (Se aproxima con cierta vacilación.)
Tienen tanta prisa por recibirlos...

RAGNAR. (Se aproxima con cierta vacilación.)
Tienen tanta prisa por recibirlos...

SOLNESS. (*Sin cambiar de tono.*)
Sí, sí; todo el mundo tiene prisa.

KNUT BROVIK. (*Levantando la cabeza.*)
Es que han dicho que están desean-
do mudarse a su propia casa.

SOLNESS.

Sí, sí; me lo figuro. Y después se
conforman con cualquier cosa, con un
apadero provisional, si a mano viene,
sin que sea nunca un hogar verdadero.
¡Ah! No, gracias. ¡Que recurran a
otro! Dígaselo usted cuando vuelvan.

KNUT BROVIK. (*Se sube las gafas so-
bre la frente, y le mira con asom-
bro.*)

¡A otro! ¿Será usted capaz de ce-
der a otro ese trabajo?

SOLNESS. (*Con aire de impaciencia.*)

¡Su vacilación, demonio! Tiene que
ser así... En fin, antes eso que cons-
truir sin ton ni son. (*Alzando la voz.*)
Además, no los conozco de nada.

KNUT BROVIK.

¡Oh! Son gente segura. Ragnar los
conoce. Frecuenta la casa. Sí, gente
muy segura, créame.

SOLNESS.

¡Bah! Segura... segura... Si no es
eso lo que pretendo decir. ¡Vaya! ¿Aca-
so no quiere entenderme usted ahora
tampoco? (*Con ira.*) No deseo tratar
con gente extraña. Por mí, recurrirán a
quien se les antoje.

KNUT BROVIK. (*Se pone de pie.*)

¿Habla usted en serio?

SOLNESS. (*Tercero.*)

Pues claro. Por una vez... (*Da algu-
nos pasos por la estancia.*)

(*BROVIK cambia una mirada
significativa con RAGNAR, el cual*

*le hace un gesto negativo. Lue-
go sale al despacho del primer
terreno.*)

KNUT BROVIK.

¿Me permite hablar un momento
con usted?

SOLNESS.

Muy gustoso. Dígame...

KNUT BROVIK. (*A KAIA.*)

Podrías pasar, entre tanto, a la otra
pieza, Kaia.

KAIA. (*Interrumpida.*)

Pero, tío...

KNUT BROVIK.

Haz lo que te digo, criatura, y cie-
rra la puerta. (*Kaia se va de mala ga-
na al cuarto de dibujo; dirige a SOL-
NESS una mirada angustiosa y supli-
cante, y cierra la puerta. BROVIK baja
la voz.*) No quiero que esos pobres chi-
cos sepan lo enfermo que estoy.

SOLNESS.

Sí que tiene usted muy mal aspec-
to estos días.

KNUT BROVIK.

Promto habrá terminado todo para
mí. De un día a otro me noto menos
fuerza.

SOLNESS.

Siéntese usted.

KNUT BROVIK.

Gracias. Si me lo permite...

SOLNESS. (*Le ofrece el sillón.*)

Vamos, tome asiento y hable.

KNUT BROVIK. (*Se sienta con difícil-
tad.*)

Lo lamento por Ragnar, sobre todo
por Ragnar. ¿Qué va a ser de él?

SOLNESS.

¿De su hijo? Se quedará en mi ca-
sa mientras quiera. Nada más lógico.

KNUT BROVIK.

Eso es justamente lo que no quie-
re; lo conceptúa cada vez más impo-
sible.

SOLNESS.

Pues entiendo que su hijo está bas-
tante bien retribuido. Pero, si lo que
dessa es un aumento, por mi parte,
no me opondría a...

KNUT BROVIK.

No, no. No se trata de eso. (*Con
impaciencia.*) Es que alguna vez ha de
empezar a trabajar por su cuenta. ¿No
lo es una muy natural?

SOLNESS. (*Sin mirarle.*)

¿Cree usted que Ragnar se encuen-
tra en condiciones para ello?

KNUT BROVIK.

No sé qué decir. Eso es lo malo:
que ya he empezado a dudar de mi
hijo. Como nunca ha dicho usted de
él una palabra que le animara... Y
sin embargo, no puede menos de ha-
berse impuesto. Tiene que encontrar-
se en condiciones.

SOLNESS.

Bueno; lo cierto es que no ha apre-
ndido mucho, excepto el dibujo.

KNUT BROVIK. (*Mirándole con odio re-
primido, dice en tono sordo.*)

Tampoco usted sabía mucho del ofi-
cio cuando estaba a mis órdenes. Y
no obstante, acabó haciendo carrera.
(*Respira pensosamente.*) ¡Y menuda ca-
rrera! Nos anuló a mí y a otros mu-
chos.

SOLNESS.

¡Hombre! Ya ve, tuve esa suerte...

KNUT BROVIK.

Bien puede decirlo. Tiene usted suer-
te en todo. Pero no será capaz de de-
jarme morir sin darme ocasión de apre-
ciar lo que vale Ragnar. Además, ¡me
gustaría tanto verlos casados... antes de
irme!

SOLNESS. (*Con sonrisa.*)

¿Es de ella esa idea?

KNUT BROVIK.

No, no; tan de Kaia como de...
Porque el caso es que Ragnar está ha-
biendo continuamente de ello. (*En ac-
titud suplicante.*) ¡Debe usted propor-
cionarle algún trabajo independiente!
Necesito ver una obra de sus manos.
¿Lo oye?

SOLNESS. (*Colérico.*)

Pero ¿qué demonios quiere usted?
No voy a traerle un encargo de la
Luna.

KNUT BROVIK.

Ahora mismo podría tener un buen
encargo, un trabajo de responsabili-
dad.

SOLNESS. (*Sobresaltándose.*)

¿El?

KNUT BROVIK.

Sí, si usted quiere dar su consen-
timiento.

SOLNESS.

¿Qué clase de trabajo es ése?

KNUT BROVIK. (*Con cierta vacilación.*)

Podría edificar esa villa en Lows-
trand.

SOLNESS.

¿Esa villa? Pero si soy yo quien va
a edificarla.

KNUT BROVIK.
¡Oh! Ya que no quiere usted...

SOLNESS. (*Aclorado.*)

¿Que no quiero? ¿Cómo se atreve a decir eso?

KNUT BROVIK.

Usted mismo acaba de afirmarlo.

SOLNESS.

¡Bah! No haga caso de lo que digo.

¿De modo que, según usted, podría Ragnar edificar la villa?

KNUT BROVIK.

Si. Conoce a la familia. Por lo demás, ha... vamos, ha hecho, para distraerse, los planos, el presupuesto, en fin, todo el proyecto...

SOLNESS.

¿Y la gente que desea habitar allí está conforme con sus planos?

KNUT BROVIK.

Si, siempre que usted quiera darles el visto bueno.

SOLNESS.

¿Conque pasarán a Ragnar el encargo?

KNUT BROVIK.

Su idea les ha gustado mucho. La juzgan algo completamente nuevo. Eso dicen, al menos.

SOLNESS.

¿De veras? ¡Algo nuevo! Vamos, que yo construyo antiguallas, ¿no es eso?

KNUT BROVIK.

Se les antoja otra cosa, nada más.

SOLNESS. (*Con furia contenida.*)

¿De manera que vinieron a ver a Ragnar mientras yo estaba ausente?

KNUT BROVIK.
Vinieron a verle a usted y a preguntarle si se averdura a desistir del trabajo.

SOLNESS. (*Iracundo.*)

¡Desistir yo!

KNUT BROVIK.

Suponiendo que los dibujos de Ragnar le parezcan...

SOLNESS.

¿A mí? ¿Ceder el sitio a su hijo?

KNUT BROVIK.

No; cedele sólo el negocio. Así lo pretenden.

SOLNESS.

Es igual. (*Sorrie amargamente.*) ¡Ah! ¿De suerte que a Halvard Solness ya le ha tocado la hora de empezar a retirarse?... ¡Dejar el puesto a los jóvenes, a los jovencitos tal vez! ¡Quieren que ceda, que cedal...!

KNUT BROVIK.

¡Vive Dios! Hay sitio para más de uno.

SOLNESS.

¡Oh! No hay tanto. Pero no es esa la cuestión. ¡Sepa usted que no pienso retirarme nunca, nunca! ¡Jamás cederé mi puesto voluntariamente!

KNUT BROVIK. (*Se levanta a duras penas.*)

Entonces, ¿habré de abandonar este mundo sin ninguna certeza? ¿No podré jamás tener ninguna alegría, ninguna confianza en las aptitudes de Ragnar? ¿No habré visto una sola obra suya? ¿Es eso lo que busca usted?

SOLNESS. (*Entre dientes, volviéndose.*)

¡Hum!... Se han acabado las preguntas.

KNUT BROVIK.

No. Es menester que me responda. ¿Intenta usted que deje el mundo después de haberlo perdido todo, hasta la última esperanza?

SOLNESS. (*Parece sostener una lucha inerte. Por fin dice con voz opaca, pero firme.*)

Lo dejaré usted cuando quiera y como pueda.

KNUT BROVIK.

Así sea, pues. (*Da algunos pasos por la estancia.*)

SOLNESS. (*Significándole, medio exasperado.*)

No puedo hacer más, bien lo sabe usted. Soy así, y no puedo cambiar.

KNUT BROVIK.

No, no... Ya comprendo que no. (*Se tambalea y se detiene ante la mesa, junto al sofá.*) Con su permiso, voy a tomar un vaso de agua.

SOLNESS.

¡No faltaba más! (*Llena el vaso y se lo ofrece.*)

KNUT BROVIK.

Gracias. (*Bebe; luego deja el vaso.*)
(SOLNESS se apresura a abrir la puerta del cuarto de dibujo.)

SOLNESS.

¡Ragnar! Venga usted a acompañar a su padre a casa.

(RAGNAR se levanta de su asiento rápidamente y entra en el despacho seguido de KAIA.)

RAGNAR.

¿Que pasa, padre?

KNUT BROVIK.

Dame el brazo y vámonos.

RAGNAR.

Bien. Ponre el abrigo, Kaia.

SOLNESS.

La señora Fosti tendrá que quedarse. Sólo un momento. No es más que una carra.

KNUT BROVIK. (*Mirando a SOLNESS.*)

Buenas noches; duerna usted bien... si puede.

SOLNESS.

Buenas noches.

(KNUT y RAGNAR BROVIK salen por la puerta del vestíbulo. KAIA se dirige al pupitre. SOLNESS permanece cerca del sillón, a la derecha, cabizbajo.)

KAIA. (*Vacilante.*)

¿Hay alguna carra?...

SOLNESS. (*Secamente.*)

No. (*La mira con dureza.*) ¡Kaia!

KAIA. (*En voz baja y con angustia.*) ¡Ah!

SOLNESS. (*Hace un signo imperativo con el dedo índice.*)

Venga aquí. ¡Pronto!

KAIA. (*Titubeando.*)

Si...

SOLNESS. (*En el mismo tono.*)

Más cerca.

KAIA. (*Obedece.*)

¿Que quiere usted de mí?

SOLNESS. (*Mirándola detenidamente.*)

¿Debo agradecer a usted esto?

KAIA.

No, no. ¿Cómo puede creerlo?

SOLNESS.

Por lo visto, quiere usted casarse...

KAIA. (*Suavemente.*)
Ragnar y yo estamos prometidos des-
de hace cuatro o cinco años, y...

SOLNESS.

Por consiguiente, cree usted que es-
to debe acabar, ¿no es así?

KAIA.

Ragnar y mi tío dicen que es ne-
cesario. ¿Qué voy a hacer yo?

SOLNESS. (*Más cariñoso.*)

Reconozca que, en el fondo, ama us-
ted algo a Ragnar.

KAIA.

Le amaba mucho... antes de venir a
su casa.

SOLNESS.

Pero ahora, ¿ya no?...

KAIA. (*Con pasión, tentándole las
manos.*)

¡Oh! Ya sabe usted que ahora no
amo sino a uno en el mundo. ¡Nunca
amaré a nadie más!

SOLNESS.

Si, eso dice usted. Aun así, ello no
impide que me abandone, que me deje
aquí solo, luchando contra todo...

KAIA. (*Restorciéndose las manos.*)

¡Jamás sabré separarme de usted!
Pero ¿no podría quedarme aquí, aun-
que Ragnar...?

SOLNESS. (*Con gesto negativo.*)

No, no; de ninguna manera. Si Rag-
nar me deja para trabajar por su propia
cuenta, la necesitará. Pero, de ser ver-
dad que no quiere usted separarse de
mí, procure quitarle de la cabeza esas
ideas estúpidas. Cácese con él si gusta...
(*Cambia de tono.*) Quiero decir... que
procure convencerle de que se quede aquí

conmigo, de que continúe en su buena
situación. Entonces también podré con-
servarla a usted a mi lado. ¿Compren-
de, querida Kaia?

KAIA.

¡Oh, sería una verdadera felicidad
que pudiera arreglarse así!

SOLNESS. (*Le toma la cabeza entre las
manos y dice con voz dulce.*)

Es que no puedo pasarme sin us-
ted; la necesito a mi lado.

KAIA. (*Exaltada, con creciente nervio-
sismo.*)

¡Dios mío, Dios mío!

SOLNESS. (*Besándole el cabello.*)

¡Kaia, Kaia!

KAIA. (*Caee de rodillas ante él.*)

¡Qué bueno es usted conmigo, qué
bueno es usted!

SOLNESS. (*Con energía.*)

¡Levántese, levántese, por lo que
más quiero! Me parece oír a alguien.

(*La ayuda a ponerse en pie.
Ella se dirige, tambaleándose, ha-
cia el pupitre. La SEÑORA SOL-
NESS aparece por la puerta de la
derecha. Es una mujer descamata-
da y tiene un aire de amargura,
con rasgos de antigua belleza.
Su pelo rubio está peinado en
tirabuzones. Vístese por completo
de negro, con elegancia. Habla
despecto y en tono plañidero de
continuo.*)

SEÑORA SOLNESS. (*Desde la puerta.*)

¡Halvard!

SOLNESS. (*Se vuelve.*)

¡Ah!, ¿eres tú, querida?

SEÑORA SOLNESS. (*Mirando a KAIA.*)

Soy importuna, supongo.

SOLNESS.
Ni por asomo. La señorita Foslí só-
lo tiene que escribir una carta muy
breve.

SEÑORA SOLNESS.

Si, ya lo veo.

SOLNESS.

¿Qué descas, Alina?

SEÑORA SOLNESS.

Únicamente decirte que el doctor
Herdal está en el salón. ¿Vendrás a
verde, Halvard?

SOLNESS. (*Con una ojeada de descon-
fianza.*)

¡Hum!... ¿Conque se empeña el doc-
tor en hablar conmigo?

SEÑORA SOLNESS.

No, no es que se empeñe. Ha veni-
do a hacerse una visita, y quería sa-
ludarte a ti de paso.

SOLNESS. (*Sonríe con indiferencia.*)

Si, ya lo presumo. Pues bien: rué-
gale que aguarde un poco.

SEÑORA SOLNESS.

Vendrás luego, ¿no?

SOLNESS.

Si, quizá. Más tarde, más tarde, que-
rida Alina; dentro de un rato.

SEÑORA SOLNESS. (*Mirando de nuevo a
KAIA.*)

No te olvides de venir, Halvard. (*Se
retira y cierra la puerta.*)

KAIA. (*En voz baja.*)

¡Dios mío, Dios mío! Estoy segura
de que la señora Solness piensa algo
malo de mí.

SOLNESS.

No, ¡qué ideal! A lo sumo, no más
de lo que acostumbraba. Pero, por pre-

caución, mejor será que se vaya us-
ted ahora, Kaia.

KAIA.

Si, sí; ahora me voy.

SOLNESS. (*Con severidad.*)
Y me arreglará usted el asunto. ¿Lo
oye?

KAIA.

¡Oh, si sólo dependiera de mí...!

SOLNESS.

Quiero que se arregle. Y mañana
mismo.

KAIA. (*Angustada.*)

Si no pudiera ser en otra forma, rom-
peré mis relaciones con él.

SOLNESS. (*Con ira.*)

¡Romper sus relaciones! ¿Se ha vuel-
to usted loca? ¿Quiere reír con él?

KAIA. (*Desesperada.*)

Si; es preferible. Debo quedarme con
usted. No puedo abandonarle. ¡Eso,
¡jamás! ¡Es imposible!

SOLNESS. (*Sin lograr contentarse.*)

Pero, ¡demonios!... ¿Y Ragnar? Si
es precisamente a Ragnar a quien quie-
ro tener a mi lado...

KAIA. (*Mirándole, asustada.*)

¿De modo que es por Ragnar...?

SOLNESS. (*Se rehace.*)

No, a fe mía. No comprende usted
nada. (*Cariñoso, en voz baja.*) Natural-
te, a quien quiero tener conmigo es
a usted, a usted antes que a nadie, Kaia.
Pero por eso mismo debe usted preocu-
par que se quede Ragnar también. An-
de, ande; márchese a casa ya.

KAIA.

Si, sí. Buenas noches.

SOLNESS. Buenas noches. *(En el momento de ir KAIJA a salir.)* ¡Ah! Oiga. Los dibujos de Ragnar están ahí dentro, ¿no?

KAJA. Sí; no he visto que se los llevara.

SOLNESS. Pues vaya a buscarlos; por si acaso, voy a echarles una ojeada.

KAJA. *(Comenta.)*
¡Oh, sí! Hágalo.

SOLNESS. Lo hago por usted, querida Kaja. Vamos, tráigalos de prisa.

(KAJA se precipita al cuarto de dibujo, revuelte ansiosamente en el cajón de la mesa, encuentra una carpeta y la trae.)

KAJA. Aquí los tiene todos.

SOLNESS. Está bien. Déjelos sobre la mesa.

KAJA. *(Deja la carpeta.)*
Ahí quedan. Buenas noches. *(En tono suplicante.)* Y piense usted en mí con cariño.

SOLNESS. Siempre lo hago. Buenas noches, pequeña. *(Mira de reojo hacia la derecha.)*
¡Váyase!

(La SEÑORA SOLNESS y el DOCTOR HERDAL entran por la puerta de la derecha. El doctor es un hombre mayor y rollizo, con cara redonda y satisfecha, afeitado, de escaso pelo rubio, y lleva lentes de oro.)

SEÑORA SOLNESS. *(Desde la puerta.)*
Halvard, el doctor va a marcharse.

uno acostumbrado a que le mimen mucho en ese sentido.

SEÑORA SOLNESS. *(Rectificándole afectuosamente.)*
¿Cómo puedes decir eso, Halvard?

SOLNESS. No, querida Alina, no lo tomes a mal. Perdona.

SEÑORA SOLNESS. No tengo que perdonarte nada. Está ya decidido, doctor: volverá usted dentro de un rato a tomar el té con nosotros, ¿eh?

DOCTOR HERDAL. Volveré después de esa visita a que me he referido.

SEÑORA SOLNESS. Gracias. *(Sale por la puerta de la derecha.)*

SOLNESS. ¿Tiene usted prisa, doctor?

DOCTOR HERDAL. No, nada de eso.

SOLNESS. Luego, ¿podré hablar un poco con usted?

DOCTOR HERDAL. Por mi parte, encantado.

SOLNESS. Sentémonos, pues. *(Ofrece la mecedora al doctor, y él mismo se sienta en el sillón, mirándole inquisitivamente.)*
Dígame... ¿ha notado usted algo en Alina?

DOCTOR HERDAL. Hace un momento, cuando estaba ella aquí?

SOLNESS. Sí. En su actitud a mi respecto. ¿Ha notado usted algo?

DOCTOR HERDAL. *(Sonriendo.)*
Pues sí. ¡Diablo! No se puede evistar que su mujer deje traslucir... cómo...

SOLNESS. Acabe.

DOCTOR HERDAL. ...que su mujer no siente una gran simpatía por la señorita Fosli.

SOLNESS. ¿Nada más? Ese detalle ya lo había notado yo.

DOCTOR HERDAL. Al fin y al cabo, no tiene nada de particular...

SOLNESS. ¿Qué?

DOCTOR HERDAL. ...que no le agrade ver siempre a su lado otra mujer.

SOLNESS. No, no, por cierto. En eso puede que lleve usted razón. Y Alina también. Pero es que... no tiene remedio.

DOCTOR HERDAL. ¿No podría usted tomar un empleo?

SOLNESS. ¿El primer tipo que se presente? No, gracias. No me servirla.

DOCTOR HERDAL. Pero, puesto que su esposa... Ya ve, tan débil como está... ¿Y si llegara a no poder soporarlo?

SOLNESS.

¡Qué hemos de hacerle! Hay que comprenderlo. Es imprescindible que Kaia Fosti se quede conmigo. No puedo sustituirla así como así.

DOCTOR HERDAL.

¿Por nadie?

SOLNESS. (*Con seguridad.*)

No, por nadie.

DOCTOR HERDAL. (*Acercando su asiento.*)

Escúcheme, querido amigo. ¿Me permite que le haga una indicación con toda confianza?

SOLNESS.

Sí; hable.

DOCTOR HERDAL.

Las mujeres, ¿sabe usted?, tienen un malidito olfato para ciertas cosas...

SOLNESS.²

Por supuesto. Pero...

DOCTOR HERDAL.

Bueno; escuche. Dado que su esposa no puede sufrir a esa Kaia Fosti...

SOLNESS.

¿Qué más?

DOCTOR HERDAL.

Vamos... ¿no cree usted que tiene algún motivo para sentir esa antipatía?

SOLNESS. (*Le mira y se levanta.*)

¡A quien se le ocurre!

DOCTOR HERDAL.

No me guarde rencor. Pero ¿no tiene sus razones?

SOLNESS. (*Breve y tajante.*)

No.

le una historia muy curiosa. Si quiere usted oírlo, por de contado.

DOCTOR HERDAL.

Me atraen las historias curiosas.

SOLNESS.

Pues bien: seguramente recordará usted que tomé a mi servicio a Knut Brovik y a su hijo, cuando el viejo estaba de todo punto arruinado.

DOCTOR HERDAL.

Sí, algo recuerdo.

SOLNESS.

El caso es que los dos son bastante hábiles, ¿sabe? Tienen disposición, cada uno a su manera. Pero un día le dió al bueno del hijo la ventolera de prometerse. Y entonces, como era de prever, deseaba casarse, empezar a edificar por sí... En suma, hoy día todos los jóvenes piensan igual.

DOCTOR HERDAL. (*Ríe.*)

Sí; tienen la mala costumbre de querer casarse.

SOLNESS.

Y malicia la gracia que me hace la cosa, porque, en realidad, necesito a Ragnar. Y lo mismo al viejo. Es persona muy competente en cálculos de resistencia, cubricaciones y todas esas cosas endemoniadas que hay que hacer...

DOCTOR HERDAL.

Eso también forma parte del oficio, según creo.

SOLNESS.

Sin duda. Pero es que Ragnar se empeñaba en empezar por su cuenta. Y contra eso no había nada que hacer.

DOCTOR HERDAL.

A pesar de todo, sigue con usted.

SOLNESS.

Ahora verá. Un día vino a buscarnos Kaia Fosti, quien jamás había aparecido por aquí antes. Y cuando me percaté de que los dos estaban bastante enamorados, no pude menos de pensar que, si consiguiera emplearla a ella en la oficina, se quedaría quizá Ragnar a su vez.

DOCTOR HERDAL.

Una idea muy oportuna.

SOLNESS.

Sí; pero no dije ni palabra de ello en aquella ocasión. Me limité a mirarla fijamente, con el deseo tenaz de tenerla aquí, a mi lado. Luego estuve hablando un rato con ella; algunas palabras amables... y después se fue.

DOCTOR HERDAL.

¿Nada más?

SOLNESS.

Al día siguiente, al anocheecer, cuando el viejo Brovik y Ragnar ya se habían ido a su casa, vino ella aquí de nuevo y se portó como si estuviéramos de acuerdo.

DOCTOR HERDAL.

¿De acuerdo? ¿Sobre qué?

SOLNESS.

Pues sobre lo que había pensado yo, ¿dijo pensado, sin decirle una palabra.

DOCTOR HERDAL.

Realmente, es singular.

SOLNESS.

¿Verdad que sí? Quería saber, en resumen, qué tendría que hacer, si podía empezar su trabajo desde la mañana siguiente, y otras cosas análogas...

DOCTOR HERDAL.

¿No cree usted que lo hizo para poder estar junto a su novio?

SOLNESS. E-o deduje al pronto. Pero no, no era así. Fue ni más ni menos que si hubiera resbalado de sus brazos al venir a casa.

DOCTOR HERDAL.

O sea que se deslizó hacia usted. ¿No es así?

SOLNESS.

Directamente. Cuando estoy detrás de ella y la miro, advierto que lo siente. Se estrema y tiembla si me acerco. ¿Qué le parece?

DOCTOR HERDAL.

¡Hum!... Eso puede explicarse...

SOLNESS.

Pero ¿y lo otro, lo que acabo de contar: la seguridad de haber oído lo que yo había pensado y deseado en silencio? ¿Qué dice usted a eso? ¿Puede explicármelo, doctor?

DOCTOR HERDAL.

No me arriesgaría a ello.

SOLNESS.

Yo lo sospechaba todo de antemano. Por eso no he querido hablar hasta hoy. Pero me molesta tanto a la larga... comprendame. ¡Tener que estar aquí a diario fingiendo que...! Ello me pone en una situación falsa ante la pobre muchacha. (Con violencia.) Pero ¡qué remedio! Si me deja ella, Ragnar también lo hará.

DOCTOR HERDAL.

¿No ha contado usted nada de esto a su mujer?

SOLNESS.

No.

DOCTOR HERDAL.

¿Por qué no lo hace?

SOLNESS. (Le mira con fijeza y dice en voz baja.)

Porque se me figura que... con esto de que sea injusta conmigo me impongo una especie de castigo bienhechor.

DOCTOR HERDAL. (Moviendo la cabeza.)

No comprendo lo que quiere usted decir.

SOLNESS.

Escuche: es como una especie de entrega a cuenta que redujera, aunque sólo fuese un poco, la deuda infinita que tengo...

DOCTOR HERDAL.

¿Con su esposa?

SOLNESS.

Si. Y algo consuela el espíritu; puede uno permitirse el lujo de respirar un poco, aun cuando no sea por mucho tiempo. ¿Comprende ya?

DOCTOR HERDAL.

¡No, diablo, ni una palabra!

SOLNESS. (Le interrumpe y se levanta bruscamente.)

Bueno, bueno, bueno; pues no habíamos más del asunto. (Se pasea de un lado a otro, y al cabo se detiene junto a la mesa mirando al doctor con una sonrisa sardónica en los labios.) ¡Vaya, doctor! Usted supondrá que me ha tirado bien de la lengua, ¿no es así?

DOCTOR HERDAL. (Algo malhumorado.)

¿Tirar de la lengua? Sigo sin comprenderle ni jota.

SOLNESS.

¡Oh! Puede usted hablar con claridad; no tenga miedo. Lo he observado muy bien, se lo advierto.

DOCTOR HERDAL.

¿Qué ha observado usted?

SOLNESS. (Marcando las palabras, con voz sorda.)

Que ha venido usted aquí, suave-mente, a vigilarme.

DOCTOR HERDAL.

¿Yo? ¡Qué incongruencia! ¿Por qué había de vigilarle?

SOLNESS.

Usted cree que yo... (Estallando.) ¡Demonio, usted cree... (Exaltándose.) lo que cree Alina!

DOCTOR HERDAL.

¿Y qué cree Alina?

SOLNESS. (Reprimiéndose.)

Empieza a creer... vamos... que estoy enfermo.

DOCTOR HERDAL.

¿Enfermo usted? Nunca me ha dicho nada. ¿Y qué tiene, amigo mío?

SOLNESS. (Se apoya sobre el respaldo del sillón y dice en voz baja.)

Alina cree que estoy loco. Eso es lo que cree.

DOCTOR HERDAL. (Levantándose.)

¡Por Dios, señor Solness!

SOLNESS.

Si, por la salvación de mi alma... así es. Y ha conseguido que lo crea usted también. Lo sé, doctor; lo he notado perfectamente. Le prevengo que no es tan fácil engañarme.

DOCTOR HERDAL. (Estupefacto.)

¡Jamás se me ha ocurrido pensar semejante cosa!

SOLNESS. (Que sonríe con desconfianza.)

¿Nunca jamás?

DOCTOR HERDAL.

¡Nunca! Y estoy seguro de que a su mujer tampoco; casi me arrevería a jurarlo.

SOLNESS.

Será mejor que no lo haga. Porque, en cierto modo, no le faltan razones para presumir...

DOCTOR HERDAL.

Acabará por...

SOLNESS. (Alzándole con un gesto de la mano.)

Vamos, vamos, querido doctor. Conviene que no hablemos de ello más. Lo mejor será que cada uno mantenga su criterio. (Cambia de tono, con calma y regocijo.) Pero oiga, doctor... ¡Hum!...

DOCTOR HERDAL.

¿Qué?

SOLNESS.

Si usted no cree que yo sea... eso... un enfermo... un chiflado o algo por el estilo...

DOCTOR HERDAL.

¿Qué quiere usted decir?

SOLNESS.

...deberá de imaginarse que soy un hombre muy feliz.

DOCTOR HERDAL.

¿No sería más que una imaginación?

SOLNESS. (Riéndose.)

¡No, no, claro que no! ¡Figúrese! ¿El maestro Solness...? ¡Habría que verlo!

DOCTOR HERDAL.

No negaré que, a mi juicio, le ha favorecido mucho la suerte.

SOLNESS. (*Atemorado una sonrisa triste.*)
Es cierto. No puedo quejarme.

DOCTOR HERDAL.
Primero, el incendio aquel de la antigua guarida de bandoleros. Fue una suerte para usted, en verdad.

SOLNESS. (*Serio.*)
No olvide que supuso para Alina la destrucción de su hogar familiar.

DOCTOR HERDAL.
Sí; para ella debió de ser un gran dolor.

SOLNESS.
Y aún no se ha consolado en estos doce o trece años.

DOCTOR HERDAL.
Pero el golpe más duro fué el que vino después.

SOLNESS.
Una cosa tras otra.

DOCTOR HERDAL.
Con todo, se puede decir que, gracias a aquello, subió usted. De pobre muchacho campesino que era entonces, se puso a la altura de sus mejores colegas. ¡Ya lo creo, señor Solness! ¡Ha tenido usted muchísima suerte!

SOLNESS. (*Le mira con temor.*)
Sí; pero eso es a la postre lo que me hace sufrir tanto.

DOCTOR HERDAL.
¿Sufre usted? ¿Puede sufrir porque le acompañe la suerte?

SOLNESS.
Siempre tengo miedo, un miedo que no me deja de día ni de noche. Estoy seguro de que ha de cambiar mi situación alguna vez.

HILDA. (*Se dirige a SOLNESS, con los ojos brillantes de alegría.*)
Buenas noches.

SOLNESS. (*Mirándole con inseguridad.*)
Buenas noches...

HILDA. (*Sonríe.*)
Por lo visto, no me reconoce usted.

SOLNESS.
No, con franqueza... en este momento...

DOCTOR HERDAL.
Pero yo, señoría, sí la reconozco.

HILDA. (*Con júbilo.*)
¡Ah! ¿Es usted...?

DOCTOR HERDAL.
Sí, soy yo. (*A SOLNESS.*) Nos encontramos este verano en una aldea de la montaña. (*A HILDA.*) ¿Qué ha sido de las otras dos señoritas?

HILDA.
¿Eh? ¡Ah!, sí; continuaron su viaje hacia el Oeste.

DOCTOR HERDAL.
No les gustaría el alboroto que armanos aquella noche.

HILDA.
No, no creo que les gustara mucho.

DOCTOR HERDAL. (*Amenazándole con el dedo.*)
Confiése que estuvo un poco coqueta con nosotros.

HILDA.
Siempre es más divertido que hacer cálceta sentada entre todas aquellas señoras viejas.

DOCTOR HERDAL. (*Risueño.*)
En eso estoy conforme del todo.

SOLNESS.
¿Ha llegado usted a la ciudad esta noche?

HILDA.
Sí, acabo de llegar.

DOCTOR HERDAL.
¿Sola por completo, señoría Wangel?

HILDA.
¡Ni que decir tiene!

SOLNESS.
¿Wangel? ¿Se llama usted Wangel?

HILDA. (*Contemplándole con asombro, divertida.*)
No cabe duda de que me llamo Wangel.

SOLNESS.
Así, pues, ¿es usted hija del médico de Lysanger? (1).

HILDA. (*En el mismo tono que antes.*)
¿De quién quería usted que fuese hija?

SOLNESS.
¡Ah! Nos encontramos allí aquel verano que estuve construyendo la torre de la antigua iglesia, ¿eh?

HILDA. (*Serio.*)
Lo recuerdo muy bien.

SOLNESS.
Hace mucho tiempo de eso.

HILDA. (*Mirándole de frente.*)
Diez años justos.

SOLNESS.
Si no me equivoco, entonces era usted una niña.

(1) Véase *La Dama del Mar*, del mismo autor.

HILDA. (*Sin concretar.*)
De unos doce o trece años.

DOCTOR HERDAL.
¿Es la primera vez que viene usted a la ciudad, señorita Wangel?

HILDA.
Sí, la primera.

SOLNESS.
¿Y no conoce a nadie aquí acaso?

HILDA.
Aparite de usted, a nadie. Mejor dicho, también conozco a su esposa.

SOLNESS.
¡Ah! ¿También conoce a mi mujer?

HILDA.
Sí, muy poco. Estuvimos juntas unos días en el sanatorio...

SOLNESS.
¡Ah! ¿sí?

HILDA.
Me dijo que podría visitarla cuando viniese a la ciudad. (*Sonríe.*) Además, ciertamente, no hacía ninguna falta que me lo dijera.

SOLNESS.
Pues nunca me ha contado nada...
(*HILDA deja su bastón junto a la estufa, se quita el morral, y con la manita de viaje, lo coloca sobre el sofá. El DOCTOR HERDAL hace ademán de ayudarla. SOLNESS se queda mirándola, pensativo.*)

HILDA. (*A SOLNESS.*)
Pero voy a pedirle que me permita quedarme aquí esta noche.

SOLNESS.
Sí; podremos alojarla con facilidad.

ñoria? (*Se aproxima y le da la mano.*) Por fin ha venido a la ciudad.

SOLNESS.
La señorita Wangel acaba de llegar. Quisiera quedarse aquí esta noche.

SEÑORA SOLNESS.
¿Aquí? ¿Entre nosotros? Con mucho gusto.

SOLNESS.
Tiene que preparar su ropa un tanto, ¿comprendes?

SEÑORA SOLNESS.
Le ayudaré lo mejor que pueda. Parra mí es un deber. ¿Tratarán su maleta después?

HILDA.
No tengo maleta.

SEÑORA SOLNESS.
En fin, eso es de fácil arreglo. Mientras, puede quedarse aquí con mi marido, pues voy a ocuparme de que le acondicionen un cuarto.

SOLNESS.
¿No podríamos darle una de las habitaciones de los niños? Ya están arregladas.

SEÑORA SOLNESS.
Sí. Hay ahí sitio de sobra. (*A HILDA.*) Ahora síntese y descanse un poco. (*Sale por la puerta de la derecha.*)

(*HILDA, con las manos a la espalda, se pesa de un lado a otro de la estancia, curioseando todos los objetos. SOLNESS permanece en pie junto a la mesa, también con las manos a la espalda, y la sigue con la vista.*)

HILDA. (*Se detiene, y le mira.*)
¿De modo que hay varias habitaciones de niños en la casa?

SOLNESS.
Hay tres.

HILDA.
No, son pocas. ¿Tienen bastantes hijos?

SOLNESS.
No tenemos ninguno. Pero puede usted hacer de hija por el momento.

HILDA.
Por esta noche, sí. No gritaré. Trataré de dormir como un tronco.

SOLNESS.
Es de suponer; estará muy cansada.

HILDA.
No lo crea. Pero, de todas maneras... ¡es tan agradable soñar!

SOLNESS.
¿Sueña usted con frecuencia por las noches?

HILDA.
Mucho, casi siempre.

SOLNESS.
¿Y qué es lo que más suele soñar?

HILDA.
¡Oh!... Eso no se lo digo, al menos esta noche. En otra ocasión, quizá... (*Se pesa de nuevo, se detiene ante el pupitre y revuelve un poco papeles y libros.*)

SOLNESS. (*Acercándose a ella.*)
¿Busca usted algo?

HILDA.
No; sólo estoy curioseando. (*Se vuelve.*) ¿No lo consiente usted?

SOLNESS.
Sí que lo consiento. Siga.

HILDA.
¿Es usted el que escribe en este registro tan grande?

SOLNESS.
No; es la contable.

HILDA.
¿Una mujer?

SOLNESS. (*Sonríe.*)
Sí, naturalmente.

HILDA.
Una mujer que está aquí con usted?

SOLNESS.
Sí.

HILDA.
¿Casada?

SOLNESS.
No, soltera.

HILDA.
¡Ah!

SOLNESS.
Pero, de seguro, se casará pronto.

HILDA.
Mejor para ella.

SOLNESS.
Y no para mí. Porque entonces no tendré nadie que me ayude.

HILDA.
¿No va a encontrar otra que pueda sustituirla?

SOLNESS.
¿Querría usted quedarse aquí y llevar el registro?

HILDA. (*Mirándole de arriba abajo.*)
¿Qué ideas se le ocurren! No, gracias: ni pensarlo. (*Torna a pasearse, y*

por último, se sienta en la mecedora.
SOLNESS *se acerca a la mesa.* HILDA *continúa la conversación.* ¡Tengo tantas otras cosas que hacer! (*Le mira, sonriente.*) ¿No es usted de mi opinión?

SOLNESS.
Comprendido. Primero tendrá usted que ir de tiendas y ponerse muy empuñada.

HILDA. (*Disertida.*)
No; habré de renunciar a ello.

SOLNESS.
¿Por qué?

HILDA.
Porque he gastado todo mi dinero, en resumidas cuentas.

SOLNESS. (*Vuelve a sonreír.*)
¿Conque sin maleta y sin dinero?

HILDA.
¡Bah! Me es igual.

SOLNESS.
¿Sabe usted que me gusta mucho así?

HILDA.
¿Sólo así?

SOLNESS.
De todos modos. (*Se sienta en el sillón.*) ¿Aún vive su padre?

HILDA.
Sí.

SOLNESS.
¿Piensa usted quedarse ahora a estudiar en la ciudad, por ventura?

HILDA.
No, no se me ha pasado por el ánimo.

SOLNESS.
Pero supongo que se quedará aquí algún tiempo.

HILDA.
Segun como vengan las circunstancias. (*Permanece un rato mirándole; entre seria y risueña. Luego se quita el sombrero y lo deja sobre la mesa.*) Señor Solness...

SOLNESS.
¿Qué?

HILDA.
Tiene usted muy mala memoria ¿verdad?

SOLNESS.
¿Mala memoria? No, que yo sepa.

HILDA.
Entonces ¿no quiere hablar nada de lo que tratamos allá?

SOLNESS. (*Perplejo.*)
¿En Lysanger? (*Sin darle importancia.*) Bien mirado, no creo que haya que hablar mucho.

HILDA. (*Con reproche en la mirada.*)
¿Cómo puede expresarse así?

SOLNESS.
¡Eh!, hable de una vez.

HILDA.
Cuando se acabó de construir la torre, tuvimos gran fiesta en el pueblo. ¿Se acuerda usted?

SOLNESS.
Como que no podré olvidar tan fácilmente aquel día.

HILDA. (*Sonriendo.*)
¡Ah!, ¿no? ¡Qué amable!

SOLNESS.
¿Amable?

HILDA.
Había música en el cementerio, y muchísima gente. Las chicas del colegio iban vestidas de blanco. Todas tenían banderas en la mano.

SOLNESS.
Sí, sí; ya lo recuerdo.

HILDA.
Después subió usted por el andamiaje hasta lo más alto. Llevaba una corona muy grande, y la cogió de la veta.

SOLNESS. (*Interrumpiéndola con seguridad.*)
Era mi costumbre en aquel tiempo. Una vieja tradición.

HILDA.
¡Resultaba tan emocionante verle allí desde abajo! Si se cayera el constructor...

SOLNESS. (*Con disgusto.*)
Habría podido suceder, porque un diablo de muchacha, vestida de blanco, se movía tanto y gritaba tan fuerte al mirarme...

HILDA. (*Ebria de gozo.*)
“¡Hurra por el maestro Solness!”, gritaba.

SOLNESS.
Y agitaba tanto su bandera, que, francamente, casi me daba vértigo mirarla.

HILDA. (*Baja la voz, ya seria.*)
Pues aquel diablo era yo.

SOLNESS. (*Fiándose en ella.*)
Ahora estoy seguro; era usted.

HILDA. (*Que se anima otra vez.*)
¡Resultaba tan emocionante! No me cabía en la cabeza que pudiese haber

(HILDA persiste en callar. SOLNESS con-
cluye con impaciencia.) Pues bien: sí,
¡el diablo me lleve! Lo hice, conce-
dido.

HILDA. (Volviendo la cabeza a medias,
sin mirarle.)

¿Lo declara usted?

SOLNESS.

Sí; todo lo que usted quiera.

HILDA.

¿Que me abrazó?

SOLNESS.

Sí, sí.

HILDA.

¿Y que me echó hacia atrás?

SOLNESS.

Sí, muy, hacia atrás...

HILDA.

¿Besándome?

SOLNESS.

Sí; lo hice.

HILDA.

¿Muchas veces?

SOLNESS.

Todas las que se le antojen.

HILDA. (Se vuelve bruscamente hacia
él. Ha recobrado su mirada alegre.)

¿Ve como por fin he conseguido ha-
cérselo declarar?

SOLNESS.

(Esbozando una sonrisa.)

¡Y pensar que he podido olvidar tal
cosa!

HILDA. (Se aparta de él nuevamente,
un poco picada.)

¡Oh, habrá usted besado a tantas en
su vida!

HILDA. (Asiente con la cabeza repen-
das veces.)
Eso es, hace diez años; el diecinue-
ve de septiembre.

SOLNESS.

Sí, poco más o menos. ¿También se
acuerda usted de eso? (Pantándose.) Pe-
ro... aguarde un momento. Si... hoy
estamos a diecinueve de septiembre...

HILDA.

Justo. Han pasado los diez años. Y
usted no vino, como me había pro-
metido.

SOLNESS.

¿Le había prometido...? Como la ha-
bía amenazado, querrá decir.

HILDA.

No creo que eso fuese para asustar
a nadie.

SOLNESS.

Bien; la había embromado, si lo pre-
fiere.

HILDA.

¿Y era eso todo lo que usted que-
ría? ¡Embromarme!

SOLNESS.

Vamos, juguetear un poco con usted,
si le parece mejor. ¡Caramba! no re-
cuerdo nada de eso. Pero, puesto que
usted lo dice, debió de ocurrir así. En-
tonces no era usted más que una niña.

HILDA.

¡Oh! tal vez no tan niña como se
imagina.

SOLNESS. (Mientras la mira con deteni-
miento.)

¿Ha creído usted seriamente, duran-
te todo este tiempo, que yo volviera?

HILDA. (Disimulando una sonrisa iró-
nica.)
Sí, a pies juntillas. Creí que volve-
ría usted.

SOLNESS.

¿Que volvería para llevarla comi-
go?

HILDA.

Como un duende...

SOLNESS.

¿Y que la convertiría en princesa?

HILDA.

Me lo prometió.

SOLNESS.

¿Y que, además, le daría un reino?

HILDA. (Mira al techo.)

¿Por qué no? No se requería un rei-
no vulgar, un reino palpable...

SOLNESS.

Pero algo equivalente...

HILDA.

Por lo menos. (Afrontándole un ins-
tante.) En todo caso, quien podía cons-
truir las torres más altas del mundo,
bien podría lo mismo darme una espe-
cie de reino, pensaba yo.

SOLNESS. (Con un mohín de cabeza.)

No acabo de comprenderla, señorita
Wangel.

HILDA.

¿Es posible? ¡Pues yo lo encuentro
muy claro!

SOLNESS.

Ignoro si piensa usted lo que dice
o si está burlándose...

HILDA.

¿Embromándole quizá a mí vez?

SOLNESS.

Si se burla, es de mí y de usted. (*Mirandola de soslayo.*) ¿Cuánto tiempo hace que sabe que estoy casado?

HILDA.

Lo he sabido siempre. ¿Por qué me lo pregunta?

SOLNESS. (*Estudiando la respuesta.*)

No, no, por nada. Una ocurrencia... (*La mira, grave, y dice en voz baja:*) ¿Por qué ha venido usted?

HILDA.

Quiero mi reino. Ya ha vencido el plazo.

SOLNESS. (*Sonríe involuntariamente.*)

¡Qué graciosa!

HILDA. (*Disvertida.*)

¡Venga el reino, maestro! (*Golpea la mesa con un dedo.*) ¡Vamos! ¡Prometo! ¡El reino!

SOLNESS. (*Aproximando la mecedora y se sienta.*)

Dígame: ¿por qué ha venido usted? ¿Qué es lo que quiere hacer aquí?

HILDA.

¡Oh! Primeramente, quiero recorrer la ciudad y ver todo lo que ha construido usted.

SOLNESS.

Pues tendría que andar bastante.

HILDA.

Ya sé que ha construido usted mucho.

SOLNESS.

Mucho. Sobre todo en los últimos años.

HILDA.

¿Y muchas torres de iglesia, entre ellas? ¿Altas, muy altas?

SOLNESS.

No. Ya no construyo torres de iglesia. Ni iglesias tampoco.

HILDA.

¿Qué hace ahora?

SOLNESS.

Hogares para los hombres.

HILDA. (*Pensativa.*)

Y a esos hogares... ¿no podría añadirles una torre?

SOLNESS. (*Sorprendido.*)

¿Qué quiere usted decir?

HILDA.

Quiero decir algo que se eleve, que se eleve, apuntando libremente hacia el cielo, con una vetea muy ardua...

SOLNESS. (*Después de mediarlo.*)

¡Qué raro! Lo que usted dice es lo que más me tienta.

HILDA. (*Impaciente.*)

Entonces, ¿por qué no lo hace?

SOLNESS. (*Negando con la cabeza.*)

Porque no quieren los hombres.

HILDA.

¿Cómo es posible? ¿No quieren?

SOLNESS. (*Con más brío.*)

Pero hoy por hoy trabajo en un hogar nuevo, para mí, ahí enfrente.

HILDA.

¿Para usted?

SOLNESS.

Sí. Está casi acabado. Y tiene una torre.

HILDA.

¿Una torre alta?

SOLNESS.

Sí.

HILDA.

¿Muy alta?

SOLNESS.

La gente dirá, de fijo, que demasiado alta para una casa, para un hogar.

HILDA.

Mañana por la mañana quiero ir a ver esa torre.

SOLNESS. (*Con el mentón apoyado en la mano, clava sus ojos en Hilda.*)

Dígame, señorita Wangel, cómo se llama usted. De nombre, quiero decir.

HILDA.

Me llamo Hilda.

SOLNESS. (*Igual que antes.*)

¿Hilda? ¿Dice usted que Hilda?

HILDA.

Pero ¿no lo recuerda? Pues me llamo usted por mi nombre aquel día que estubo tan osado.

SOLNESS.

¡Cómo! ¿La llamé Hilda?

HILDA.

Más aún: me llamó Hildita. Y no me gustó eso nada.

SOLNESS.

¡Oh! ¿no le gustó, señorita Hilda?

HILDA.

No; en aquella ocasión no me gustó nada. Por lo demás, entiendo que "princesa Hilda" habría sonado mejor.

SOLNESS.

Claro, claro. "Princesa Hilda de..." ¿Cómo decía usted?

HILDA.

No, no quiero saber nada de ese reino estúpido. El que desco es muy distinto.

SOLNESS. (*Retrepándose en su asiento, no cesa de mirarla con fijeza.*)

Estoy asombrado. Cuanto más lo pienso, más se me figura que durante largos años no he hecho sino arrommentarme con... ¡Bah!...

HILDA.

¿Con qué?

SOLNESS.

Con mis deseos de recordar... de recordar algo que me había ocurrido, y que había olvidado. Pero nunca pude saber lo que era.

HILDA.

Debí haber hecho un nudo en su pañuelo, maestro.

SOLNESS.

¿Para preguntarme después a qué obedecía el nudo?

HILDA.

¡Oh, sí! En la vida pasan a veces cosas de duendos.

SOLNESS. (*Se levanta lentamente.*)

¡Ha hecho usted muy bien en venir a buscarme en este momento!

HILDA. (*Con formalidad.*)

¿Lo dice de corazón? ¿He hecho bien?

SOLNESS.

Me encontraba tan solo... (*Con la vista clavada en el vacío.*) sin poder nada contra... (*Más bajo.*) Porque he de confesarle... cuánto mudo me da un miedo horrible, la juventud.

HILDA. (*Resoplando.*)
¡Puf! ¿es que la juventud puede dar miedo?

SOLNESS.
Sí; ya lo creo que puede. Y por eso me he encerrado con llave. (*Misteriosamente.*) Ha de saber usted que llamará a mi puerta con fuertes golpes e invadirá mi casa...

HILDA.
Si así fuese, me parece que debería salir a abrir usted mismo a la juventud.

SOLNESS.
¿Abrirle mi puerta?

HILDA.
Sí, para que la juventud pueda entrar. Como amiga, ¿comprende?

SOLNESS.
No, no y no. Considere que la juventud... es la expiación. Ella representa el cambio; los jóvenes llegan, digámoslo así, con una bandera nueva.

HILDA. (*Se levanta, mira a SOLNESS y dice con los labios contraindos y algo temblorosos:*)
¿Puede usted emplearme en algo, maestro?

SOLNESS.
Sí, por cierto. Usted también llega con una bandera nueva. Ahora será juventud contra juventud.

(*Por la puerta del vestíbulo aparece el DOCTOR HERDAL.*)

DOCTOR HERDAL.
¡Ah! ¿Todavía están ustedes aquí?

SOLNESS.
Sí. Tenemos muchas cosas de que hablar.

HILDA.
Cosas añejas y recientes.

DOCTOR HERDAL.
¿Sí? ¿Tanas?

HILDA.
Sí. Ha sido muy chistoso. El señor Solness posee una memoria tan privilegiada, ¿sabe? que se acuerda hasta de los menores detalles.

(*La SEÑORA SOLNESS entra por la puerta de la derecha.*)

SEÑORA SOLNESS.

¡Ea! señorita Wangel; ya tiene usted su habitación arreglada.

HILDA.
Es usted muy amable conmigo.

SOLNESS. (*A su mujer.*)
¿Una habitación de los niños?

SEÑORA SOLNESS.

Sí, la de en medio. Pero creo que antes debíamos ir a la mesa.

SOLNESS. (*Hace una seña con la cabeza a HILDA.*)
¿Conque va a dormir Hilda en una habitación de niños?

SEÑORA SOLNESS. (*Mirando a su marido.*)
¿Hilda?

SOLNESS.
Sí; la señorita Wangel se llama Hilda. La conocí cuando era niña.

SEÑORA SOLNESS.

¡Ah! ¿sí, Harvard? Hagan ustedes el favor de pasar. Están servidos...

(*Toma del brazo al DOCTOR HERDAL y desaparece con él por la puerta de la derecha.*) (*Entre tanto, HILDA ha recogido sus bártulos.*)

HILDA (*Precipitadamente, en voz baja, a SOLNESS.*)
¿Es verdad lo que me ha dicho usted? ¿Puede emplearme en algo?

SOLNESS. (*Toma en sus manos los objetos recogidos por ella.*)
Usted es la persona que yo necesitaba.

HILDA. (*Le mira déjamente, entre burlona y sorprendida, y da una palmada.*)
¡Oh, qué gusto!

ACTO SEGUNDO

SOLNESS. (*Emocionado.*)
¡Cómo!

HILDA.

¡Por fin tengo mi reino!

SOLNESS. (*Sin querer.*)
¡Hilda!

HILDA. (*Otra vez con un imperceptible temblor en los labios.*)
Lo tengo... casi... quería decir. (*Vase por la derecha.*)
(*SOLNESS la sigue.*)

SOLNESS.

Sí, sí; está bien. ¿Ha venido Ragnar ya?

KAIA.

No, todavía no. Ha tenido que darme un momento para aguardar al médico. Pero después pensaba venir a enterarse...

SOLNESS.

¿Cómo está el viejo hoy?

KAIA.

Mul. Me ha encargado que le disculpara; necesita guardar cama.

SOLNESS.

¡Oh! que no deje de hacerlo. ¡Ea! váyase a su trabajo.

KAIA.

Bien. (*Se detiene a la puerta.*) ¿Quería usted hablar con Ragnar cuando llegue?

SOLNESS.

No; no tengo nada que decirle. (*Kaia vase por la izquierda.*)

Salón pequeño, amueblado elegantemente, en casa de Solness. Al fondo, puerta de cristales que da a una terraza con vistas al jardín. En el lateral derecho, choflan con una gran ventana y una vidriera. Un choflan análogo, a la izquierda, con puerta disimulada. En cada lateral, una puerta corriente. En primer término a la derecha, consola de espejo. Flores y plantas en abundancia. En primer término a la izquierda, sofá con mesa y sillas. Más allá, una librería. Delante de la ventana de la derecha, una mesa más pequeña, con sillas también. Por la mañana.

SOLNESS está sentado ante la mesa pequeña. Sobre ella, se ve la carpeta con los dibujos de Ragnar, abierta, y los examina, algunos de ellos muy detenidamente. La SEÑORA SOLNESS, con una regadera, va y viene en silencio, regando flores. Viste de negro, como en el acto anterior. Fincha de una silla, junto al espejo, yacen su sombrero, su abrigo y su sombrella. SOLNESS se levanta cuando la mira disimuladamente. No habla ninguno de ellos. KAIA Forst entra sin hacer ruido por la puerta del lateral izquierdo.

SOLNESS. (*Volviendo la cabeza, dice en tono indiferente.*)
¡Ah! ¿es usted?

KAIA.

Sólo quería comunicarle que he llegado.

SOLNESS sigue hojeando los dibujos.)

SEÑORA SOLNESS. (Mientras caida las plantas.)
Se me había olvidado. También él...

SOLNESS. (Mirándola.)
¿También qué?

SEÑORA SOLNESS. (Fija en su idea.)
El viejo Brovik también se morirá. Estoy segura, Halvard; no lo dudes.

SOLNESS.

Querida Alina, ¿no crees que deberías dar un paseo esta mañana?

SEÑORA SOLNESS.

Sí, es verdad; deseaba salir. (Con niña dedicada a las flores.)

SOLNESS. (Apoyado sobre los dibujos.)
¿Duermes ella aún?

SEÑORA SOLNESS.

¿Pienas en la señorita Wangel?

SOLNESS. (Con displicencia.)

Sí; me he acordado de ella por casualidad...

SEÑORA SOLNESS.

Hace mucho rato que se ha levantado.

SOLNESS.

¡Ah! ¿sí?

SEÑORA SOLNESS.

Cuando he entrado en su cuarto esta mañana, estaba sentada cosiendo el vestido. (Se dirige al espejo, ante el cual se pone despacio el sombrero.)

SOLNESS. (Después de breve pausa.)

Al cabo hemos conseguido utilizar una de las habitaciones de los niños, Alina.

SEÑORA SOLNESS.
Sí, por cierto.

SOLNESS.

Es preferible a ver tres vacías.

SEÑORA SOLNESS.

Tienes razón. ¡Resulta tan espantoso ese vacío!...

SOLNESS. (Cierra la carpeta, se levanta y se aproxima a su mujer.)
Ya verás, Alina, cómo desde ahora

iré todo mejor para nosotros. La vida se nos hará más agradable; más agradable y más fácil... en particular para ti.

SEÑORA SOLNESS. (Mirándole.)
¿Desde ahora?

SOLNESS.

Sí, Alina, créeme...

SEÑORA SOLNESS.

¿Lo dices... porque ha llegado ella?

SOLNESS. (Conteniéndose.)

No; lo digo, naturalmente, pensando en que pronto nos habremos mudado a la casa nueva.

SEÑORA SOLNESS. (Recoge el abrigo.)
¿Tú crees, Halvard? ¿Será mejor?

SOLNESS.

No lo dudo. Y a tu vez lo crearás tú, supongo.

SEÑORA SOLNESS.

Esa casa nueva no me inspira nada, te lo confieso.

SOLNESS. (Desalentado.)

¡Me duele oírte hablar así! En realidad, para ti la he construido. (Quiere ayudarla a ponerse el abrigo.)

SEÑORA SOLNESS. (Eritándole.)
¡Haces por mí tantas cosas!

SOLNESS. (Con cierta rudeza.)
¡No hables así, Alina! ¡No puedo sufrirlo!

SEÑORA SOLNESS.
Convenido, Halvard; me callaré.

SOLNESS.

Te aseguro que todo va a ir bien para ti en la casa nueva. Y si no, al tiempo.

SEÑORA SOLNESS.

¡Ay, Dios mío! ¡Lo que es irme bien...!

SOLNESS. (Con empeño.)

¡Pues claro, pues claro! Ten la completa seguridad. ¿Comprendes? Encontrarás allí muchísimas cosas que te recordarán tu antiguo hogar...

SEÑORA SOLNESS.

¡El hogar de mi padre, de mi madre... todo lo que ha ardió!

SOLNESS. (Bajando la voz.)

¡Pobre Alina! Fue un golpe terrible para ti.

SEÑORA SOLNESS. (En un lamento.)
Construye cuanto gustes, Halvard; pero para mí no conseguirás reconstruir un verdadero hogar.

SOLNESS. (Paseándose.)

¡Por lo que más quieras, no hables de ello ya!

SEÑORA SOLNESS.

En verdad, no tenemos costumbre de hablar de esas cosas. Tú siempre rechazas esos recuerdos.

SOLNESS. (Se detiene bruscamente y la mira.)
¿Yo? ¿Y por qué? Di: ¿por qué?

SEÑORA SOLNESS.

Te comprendo muy bien, Halvard. Quieres evitármelo y disculparme. Hazes todo lo que puedes.

SOLNESS. (Contemplándola con asombro.)
¡Cómo! ¿es a ti a quien aludes, Alina?

SEÑORA SOLNESS.

¿A quién, si no?

SOLNESS. (Involuntariamente, hablando consigo mismo.)
¡Era lo único que faltaba!

SEÑORA SOLNESS.

Porque la antigua casa... vamos, siempre estaba expuesta. Si debía suceder esa desgracia...

SOLNESS.

Así es; contra la mala suerte no hay nada que hacer.

SEÑORA SOLNESS.

Pero ¿y las consecuencias del incendio? Eso es lo que... ¡Sí, eso!

SOLNESS. (Violento.)

¡Por Dios, no pienses más en ello, Alina!

SEÑORA SOLNESS.

¡Sí, sí, debo pensar! Debo decirlo todo de una vez. ¡No puedo más! Cuando considero que nunca tendré derecho a absolvirme...

SOLNESS. (Exclamando, atónito.)

¡Absolverte a ti misma!

SEÑORA SOLNESS.

Sí; porque tenía dobles deberes; contigo y con los pequeños. Debí haberme hecho fuerte, no dejarme dominar por el terror y el dolor de haber

perdido mi hogar. (*Retorciéndose las manos.*) ¡Ah, si hubiera podido, Halvard!

SOLNESS. (*Emocionado, se aproxima a ella y dice en voz baja.*)

¡Alina!... Prométeme que no volverás a tener esos pensamientos. ¡Prométemelo, Alina!

SEÑORA SOLNESS.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Prometer!... Se puede prometer todo...

SOLNESS. (*Cerrando los puños y torciendo a pasarse por la habitación.*)

¡Oh! ¡Ya es lo último! ¡Ni un rayo de sol! ¡Ni siquiera el más leve rayo de sol en el hogar!

SEÑORA SOLNESS.

Esto no es un hogar, Halvard.

SOLNESS.

¡No! Bien puedes decirlo. (*Con tristeza.*) ¡Y sabe Dios si no acertarás al creer que no nos irá mejor en la casa nueva.

SEÑORA SOLNESS.

¡Jamás! Siempre será el mismo vacío, el mismo desierto que aquí.

SOLNESS. (*Con exaltación.*)

Pero, vamos a ver: ¿puedes explicar, entonces, para qué la hemos construido? Di.

SEÑORA SOLNESS.

No. Respondele tú mismo.

SOLNESS. (*Interpelándola con desconfianza.*)

¿Qué quieres decir, Alina?

SEÑORA SOLNESS.

¿Qué quiero decir?

SOLNESS. Si, ¡diantre! lo dices en un tono... y parece, ni más ni menos, que hablas a medias palabras.

SEÑORA SOLNESS.

No; te aseguro que...

SOLNESS. (*Se aproxima a ella.*)

¡Vaya, muchas gracias! Yo sé... lo que sé. Además, veo y oigo, Alina, no te quepa duda.

SEÑORA SOLNESS.

Pero ¿a qué viene eso?

SOLNESS. (*Plantándose ante ella.*)

Confiesa que de continuo atribuyes una segunda intención insidiosa a cada palabra que pronuncio, aun a las más inocentes.

SEÑORA SOLNESS.

¡Yo! ¿Que yo...?

SOLNESS. (*Ríe abiertamente.*)

¡Ja, ja, ja! Es natural, Alina; como tienes que soportar en casa a un hombre enfermo...

SEÑORA SOLNESS. (*Llena de angustia.*)

¡Enfermo! ¿Estás enfermo, Halvard?

SOLNESS. (*A gritos.*)

¡Un medio loco! Un hombre que ha perdido la razón. Llámame como se te antoje.

SEÑORA SOLNESS. (*Busca a tientas el respaldo del sillón y se sienta.*)

¡Halvard, por amor de Dios!

SOLNESS.

Pues os equivocáis los dos: tú y el médico. No es nada de eso. (*Se pasa otra vez de un lado a otro.*) La SEÑORA SOLNESS le sigue con mirada ansiosa. Luego SOLNESS se acerca a ella y dice con calma.) En resumen, no me pasa nada, absolutamente nada.

SEÑORA SOLNESS.

¿No? Mas vale así. Entonces, ¿qué tienes?

SOLNESS.

Que en algunos momentos estoy a punto de desfallecerme bajo el peso de esta deuda terrible...

SEÑORA SOLNESS.

¿Deuda, dices? Pero si no debes nada a nadie, Halvard.

SOLNESS. (*Conmovido, apagando la voz.*)

Si; he contratado una deuda sin límites contigo... contigo... ¡contigo, Alina!

SEÑORA SOLNESS. (*Se levanta lentamente.*)

¿Qué hay detrás de todo esto? Mejor será que me lo digas en seguida.

SOLNESS.

Nada, no es nada. Nunca te he hecho ningún daño; en todo caso... no ha sido a propósito... a conciencia. Y sin embargo, siento... siento como si pesara sobre mí una culpa terrible.

SEÑORA SOLNESS.

¿Tú, culpable? ¿Culpable tú conmigo?

SOLNESS.

Contigo sobre todo.

SEÑORA SOLNESS.

Por lo visto, estás realmente enfermo...

SOLNESS.

Puede ser. O poco menos. (*Mira hacia la puerta de la derecha, que se abre.*) ¡Ah, por fin claral (*Entra HILDA WANGEL. Ha modificado algunos detalles de su atuendo y ha alargado la falda.*)

HILDA.

Buenos días, maestro

SOLNESS. (*Con una inclinación.*)

¿Ha dormido usted bien?

HILDA.

¡Estupendamente! Igual que en una cuna. ¡Ah! me he estirado como... como una princesa.

SOLNESS. (*Sonríe.*)

¿Muy a gusto?

HILDA.

¡Ya lo creo!

SOLNESS.

¿Y ha soñado acaso?

HILDA.

Eso fue lo peor.

SOLNESS.

¡Ah! ¿sí?

HILDA.

He soñado que caía desde una montaña altísima y escarpada. ¿No sueña usted nunca cosas así?

SOLNESS.

De vez en vez, cuando...

HILDA.

Es tan emocionante caer... caer siempre...

SOLNESS.

Por mi parte, más bien lo conceptúo algo como para helar la sangre en las venas.

HILDA.

¿Encoje usted las piernas cuando sueña eso?

SOLNESS.

Sí; todo lo que puedo.

HILDA.
Yo también.

SEÑORA SOLNESS. (*Toma su sombrilla.*)
Tengo que ir de compras, Halvard.
(*A Hilda.*) Procuraré traerle alguna cosa que le haga falta.

HILDA. (*Con ademán de arrojarse a su cuello.*)
¡Oh, querida señora Solness! ¡Es usted adorable, es demasiado buena conmigo!

SEÑORA SOLNESS. (*Retrocede y se des-embrazza de ella.*)

¡Qué menos! Es mi deber y nada más. Por eso lo hago tan a gusto.

HILDA. (*Con un asomo de contrariedad.*)
A mi juicio, empero, puedo muy bien salir así a la calle... ahora que me he arreglado un poco. ¿No le parece?

SEÑORA SOLNESS.
Francamente, temo que muchos vol-vieran la cabeza para mirarla.

HILDA. (*Sophia.*)
¿Y qué? Eso es divertido.

SOLNESS. (*Conteniendo su mal humor.*)
Sí; pero podrían creer que se ha vuelto usted loca.

HILDA.
¿Loca? ¿Hay muchos locos en esta ciudad?

SOLNESS. (*Señalando su frente.*)
Aquí tiene usted uno, por ejem-
plo.

HILDA.
¿Usted... señor Solness?

SEÑORA SOLNESS.
Pero, Halvard...

HILDA.
Sí, ¿eh?

SOLNESS.
Pero, si la conociese usted mejor...
vería que, en el fondo, es muy buena... muy cariñosa...

HILDA. (*Impaciente.*)
¿Pues por qué ha hablado de deber hace poco?

SOLNESS.
¿De deber?

HILDA.
Sí; ha dicho que quería salir a comprarne alguna cosilla, porque consideraba que era su deber. ¡Y yo no puedo aguantar esa palabra fea y odiosa!

SOLNESS.
¿Por qué?

HILDA.
Es tan fría, tan puntiaguda... ¡Deber, deber, deber! ¿No opina usted lo mismo?

SOLNESS.
¿Yo?... No; nunca lo había reflexionado.

HILDA.
Pues reflexiónelo. Y si es tan buena como usted afirma, ¿por qué me dice esas cosas?

SOLNESS.
Pero, criatura, ¿qué otra cosa debía haber dicho?

HILDA.
Ha podido decirme que lo hacía porque le era yo simpática... una palabra cariñosa, amable... ¿comprende?

SOLNESS. (*Mirándola.*)
¿Así quiere usted que le hablen?

HILDA.
Sí, así. (*Se pasea por la estancia se detiene ante la librería para coger los libros.*) ¡Cuántos libros tiene usted!

SOLNESS.
Tengo bastantes, sí.

HILDA.
¿Y los lee todos?

SOLNESS.
En otro tiempo intenté hacerlo. ¿usted lee mucho?

HILDA.
No, nada; ni por asomo. Ya, hoy no puedo comprender lo que le

SOLNESS.
A mí me pasa exactamente lo mismo.
(*Hilda va de un lado a otro se detiene ante la mesa pegada a la pared, abre la carpeta y hurga contentado.*)

HILDA.
¿Ha dibujado usted todo esto?

SOLNESS.
No; un joven auxiliar mío.

HILDA.
¿Un discípulo?

SOLNESS.
¡Peh! Algo ha aprendido de mí.

HILDA. (*Se sienta.*)
Entonces, será muy hábil. (*Sigue escribiendo los dibujos.*) ¿Verdad que sí?

SOLNESS.
¡Bah! No está mal. Para lo que necesito...

HILDA.
Sí, sí. Tiene que ser muy hábil.

SOLNESS.

¿Lo ve usted en los dibujos quizá?

HILDA.

¡Cómo! ¿Estos mamarrachos? No. Pero ya que ha aprendido con usted...

SOLNESS.

¡Ah! ¿Por eso? Aquí hay muchos que han aprendido conmigo. Y continúan lo mismo de torpes.

HILDA. (*Le mira y mueve la cabeza.*)

No es posible. ¡Que me cuelguen si puede usted ser tan tonto!

SOLNESS.

¿Tonto? ¿Cree usted que soy un tonto?

HILDA.

Por supuesto. Cuando se dedica a enseñar a esos mozalbetes...

SOLNESS. (*Sorprendido.*)

¡Toma! ¿Y qué tiene de particular?

HILDA. (*Se levanta y dice, medio en broma medio en serio:*)

¡Vaya, maestro! ¿Para qué sirve eso? Sólo usted debía tener derecho a construir, ¿no lo cree así?

SOLNESS. (*Intencionalmente.*)

¡Hilda!

HILDA.

¿Qué hay?

SOLNESS.

¿Cómo se le ha ocurrido esa idea?

HILDA.

¿La estima un disparate?

SOLNESS.

No, no es eso. Pero quería decirle algo.

HILDA.

¿Qué es?

SOLNESS.

Que yo... estoy dando vueltas a esa misma idea sin cesar.

HILDA.

Lo encuentro muy natural.

SOLNESS. (*La observa, inquisitivo.*)

¿Se había percatado usted ya?

HILDA.

No; ciertamente, no.

SOLNESS.

Como antes ha dicho usted que yo era... vamos, un loco.

HILDA.

¡Ah! Porque estaba pensando en otra cosa.

SOLNESS.

¿En qué?

HILDA.

¡Qué le importa, maestro!

SOLNESS. (*Se pasea.*)

¿A mí? Nada. ¡Como usted guste!

(*Se para ante la terraza.*) Venga aquí; voy a enseñarle algo.HILDA. (*Aproximándose.*)

¿Qué?

SOLNESS.

¿Ve usted... aquel jardín?

HILDA.

Sí...

SOLNESS. (*Señala con el dedo.*)

Allá... en aquella carretera ancha... la de enfrente...

HILDA.

¿La casa esa?

SOLNESS.

Sí; la que está en construcción, casi acabada.

HILDA.

Con una torre muy alta, ¿eh?

SOLNESS.

Todavía tiene puesto el andamioje.

HILDA.

¿Es su nueva casa, por ventura?

SOLNESS.

Sí.

HILDA.

¿La casa adonde va usted a mudarse dentro de poco?

SOLNESS.

Sí.

HILDA. (*Mirándole.*)

¿Habrá habitaciones para niños allí también?

SOLNESS.

Tres, como aquí.

HILDA.

¿Y niños?

SOLNESS.

No los habrá jamás.

HILDA. (*Esboza una sonrisa.*)

¿Ve cómo era verdad lo que antes le decía...?

SOLNESS.

¿Qué?

HILDA.

Que está usted... algo loco.

SOLNESS.

¿Era en eso en lo que pensaba usted?

HILDA.

Sí; todas esas habitaciones de niño, vacías...

SOLNESS. (*Bayendo la voz.*)

Alina y yo...; tuvimos hijos.

HILDA. (*Interrumpida.*)

¿Han tenido ustedes...?

SOLNESS.

Dos niños de la misma edad.

HILDA.

¿Gemelos?

SOLNESS.

Sí, gemelos. Ahora hará unos once o doce años...

HILDA. (*Con delicadeza.*)

¿De manera que dos... y ya no los tienen?

SOLNESS. (*Entraneado.*)Nos duraron sólo veinte días. Ni eso siquiera. (*Arrebataado.*) ¡Oh, Hilda, qué bien hizo usted en venir! A la poste tengo con quien hablar.

HILDA.

¿Es que no puede usted hablarle... a ella?

SOLNESS.

De esto, no. Como yo quisiera, como tengo necesidad de hablar...; tampoco. (*Triste.*) Ni de esto ni de otras muchas cosas.HILDA. (*Bayendo la voz.*)

¿Es todo lo que quería usted decir cuando afirmé que me necesitaba?

SOLNESS.

En principio, sí. Ayer, al menos. Porque hoy ya no sé con certeza... (*Interrumpiéndose.*) Venga usted, Hil-

da; vamos a sentarnos. Siéntese aquí, en el sofá, para que pueda ver el jardín. (Hilda se sienta en el sofá. SOLNESS aproxima una silla.) ¿Está usted dispuesta a escucharme?

HILDA.
Sí, de muy buena gana.

SOLNESS. (Sentándose junto a ella.)
Siendo así, voy a contarle todo.

HILDA.
De acuerdo. Ya estoy aguardando. Veo a usted y el jardín. ¡Cuento, pronto!

SOLNESS. (Señala con el dedo a la ventana del chalet.)
Allá arriba en aquella colina, donde

ahora ve la casa nueva...

HILDA.
¿Qué?

SOLNESS.

Allá pasamos Alina y yo los primeros años de nuestro matrimonio. Había una casa antigua que pertenecía a su madre. Y nosotros la habíamos heredado, igual que el jardín.

HILDA.
¿Tenía esa casa alguna torre?

SOLNESS.

No; era un caserón grande, feo y destrozado, visto desde fuera, aunque por dentro era bastante acogedor.

HILDA.
¿Derribó usted el caserón?

SOLNESS.

No. Ardió.

HILDA.

¿Por completo?

SOLNESS.
Sí.

HILDA.
¿Fue una gran desgracia para usted?

SOLNESS.

Según se mire. Como constructor, se puede decir que debo mi prosperidad a aquel incendio.

HILDA.
¿Pues...?

SOLNESS.

Precisamente hacía unos días que habían nacido los gemelos.

HILDA.
¡Ah!

SOLNESS.

Habían venido al mundo tan sanos, tan rollizos... Crecían a ojos vistas.

HILDA.

Los niños crecen mucho los primeros días.

SOLNESS.

Era el espectáculo más hermoso que pueda uno tener ante sí. Me encantaba ver a Alina acostada entre los dos; pero una noche hizo presa el fuego...

HILDA. (Interesada.)

¿Qué pasó? ¡Cuénteme! ¿Se quemó alguien?

SOLNESS.

No. Se salvó todo el mundo.

HILDA.

Entonces...

SOLNESS.

El miedo había impresionado horriblemente a Alina. La alarma... el hurullo del incendio... la fuga precipita-

da... Y todo en una noche de mucho frío. Porque fue necesario sacarlos de la cama. A ella y a los pequeños.

HILDA.
¿Y no pudieron resistirlo?

SOLNESS.

Sí, resistieron; pero Alina tuvo una fiebre muy grande, una fiebre de leche. Como insistía en seguir dándole de mamar—porque, según decía, era su deber—los dos pequeños... (Retorciéndose las manos.) ¡Oh!...

HILDA.

¿No lo soportaron?

SOLNESS.

No, no lo soportaron. Esa es la causa de que desaparecieron de nuestro lado.

HILDA.

Para usted ha debido de ser un trance tremendo.

SOLNESS.

Sí, me apenó mucho; pero Alina se apenó mil veces más. (Apretando los puños, con ira contenida.) ¡Y pensar que pueden suceder en el mundo cosas así! (Enérgico y seco.) Desde el día en que los perdí, sólo edificué iglesias a disgusto.

HILDA.

¿La torre de nuestra iglesia también?

SOLNESS.

También. Recuerdo perfectamente mi contento la fecha en que la acabé.

HILDA.

De eso no me acuerdo menos yo.

SOLNESS.

Y ahora, ya no edificio nunca, ¡nun-

ca! esas obras. ¡Ni iglesias ni torres de iglesias!

HILDA. (Mostrando la cabeza.)

¿Solo casas que sirvan de hogar a los hombres?

SOLNESS.

Eso es: hogares para los hombres, Hilda.

HILDA.

Pero hogares con torres altas y agudas.

SOLNESS.

De preferencia, sí. (En tono más ligero.) Ya ve usted: aquel incendio me hizo prosperar; como constructor, se entiende.

HILDA.

¿Por qué no se titula usted arquitecto, como los demás?

SOLNESS.

No he estudiado lo suficiente. La mayor parte de lo que sé lo he sacado de mi cabeza.

HILDA.

Sin embargo, ha subido usted, maestro Solness.

SOLNESS.

Después del incendio, sí. Casi todo el jardín lo dividí en parcelas para edificar villas. Y allí pude construir siguiendo mi fantasía. Mas adelante todo fue como, sobre nuevas.

HILDA. (Le interroga con la mirada.)

Debe de ser usted un hombre muy feliz, conforme se le han arreglado las cosas.

SOLNESS. (Con melancolía.)

¿Feliz? ¿También usted dice eso? ¡Como todo el mundo!

HILDA.
Supongo que puede decirse. Si no pensara tanto usted en los niños...

SOLNESS. (*Lento.*)
Los dos niños... No es tan fácil olvidarlos, Hilda...

HILDA. (*Insegura.*)
¿Se preocupa mucho todavía, transcurrido tanto tiempo?

SOLNESS. (*La mira sin responder.*)
Un hombre feliz, dice usted...

HILDA.
¡Cómo! ¿Acaso no lo es ahora, aparte de eso?

SOLNESS. (*Continúa mirándola.*)
Cuando le he contado lo del incendio...

HILDA.
Siga.

SOLNESS.
¿No se le ha ocurrido una idea, una idea que le haya llamado la atención?

HILDA. (*Meditando en balde.*)
No. ¿Cuál?

SOLNESS. (*En voz baja, pero con énfasis.*)
Únicamente al incendio debo haber podido construir hogares para los hombres. Hogares agradables y acogedores; hogares con luz, donde padre, madre e hijos puedan vivir seguros y venturosos, con el sentimiento íntimo de que es una dicha haber venido al mundo, y más aún, con la evidencia de pertenecerse unos a otros... tanto en lo grande como en lo pequeño.

HILDA. (*Ansiosa.*)
¿No es una gran dicha para usted a su vez haber conseguido edificar esos hogares?

SOLNESS.
Pienso, Hilda, en lo caro que lo he pagado, en el terrible precio que he tenido que dar por ello.

HILDA.
¿No puede usted borrar ese recuerdo?

SOLNESS.
No. Para construir hogares a otros, fue menester que prescindiera por siempre del mío. Quiero decir de un hogar donde haya niños, donde padre y madre puedan vivir dichosos, por su parte.

HILDA. (*Con calma.*)
¿Ha renunciado usted de veras? ¿Y afirma que por siempre?

SOLNESS. (*Con un lento meneo de cabeza.*)
Sí. Fue el precio de eso que llama mi felicidad. (*Respira dificultosamente.*) Esa felicidad, Hilda, esa felicidad no puede obtenerla a más bajo precio.

HILDA. (*Como antes.*)
Pero ¿y en el futuro?

SOLNESS.
¡Jamás, jamás! Por culpa del incendio y de la enfermedad de Alina, que fué su fatal consecuencia.

HILDA. (*Que tiene una expresión indefinible en el rostro.*)
No obstante, sigue usted construyendo habitaciones para niños...

SOLNESS. (*Con seriedad.*)
¿No ha observado nunca, Hilda, que lo imposible es lo que más atrae?

HILDA. (*Pensativa.*)
¿Lo imposible? (*Vivamente.*) De seguro. ¿A usted también le ocurre eso?

SOLNESS.
También.

HILDA.
¿Hay, pues, en usted algo de dueñete?

SOLNESS.
¿De dueñete? ¿Qué quiere usted decir?

HILDA.
No encuentro otra palabra.

SOLNESS. (*Poniéndose de pie.*)
No, no. Quizá tenga razón. (*Vivamente.*) Pero bien puede trocarse con el tiempo en dueñete quien tiene, como yo, esa suerte constante en todo, ¡en todo!

HILDA.
¿A qué se refiere?

SOLNESS. (*Bajando la voz con emoción.*)
Escúcheme bien lo que le digo, Hilda. Todo lo que he logrado hacer: construir, edificar, crear lo bello, sólido y acogedor, así como lo majestuoso, para la vida... (*Cierra los puños.*) ¡Ah! ¿no es terrible pensarlo?

HILDA.
¿Qué es tan terrible?

SOLNESS.
Que todo haya tenido que pagarlo no con dinero, sino con dicha humana. Y no sólo con la mía, sino, además, con la dicha ajena. Sí, sí, Hilda; así es. Así he pagado mi situación de artista... Y no es eso todo. De continuo veo que alguien paga por mí ahora y siempre.

HILDA. (*Se levanta y le mira con firmeza.*)
¿Piensa en ella?

SOLNESS.
Sí, pienso en ella sobre todo. Porque Alina, como yo, tenía asimismo su

misión. (*Con voz temblorosa.*) Pero fue necesario que tal misión quedase destruida sin remedio para que yo pudiera obtener esta especie de triunfo, esta gran victoria. Porque considere usted que Alina también sabía edificar a su manera.

HILDA.
¡Ella! ¿Edificaba ella?

SOLNESS. (*Con un molin negativo.*)
Claro está que no casas y torres, como yo...

HILDA.
¿Qué, pues?

SOLNESS.
Edificaba almas de niños, Hilda; almas de niños, fuertes, nobles y hermosas, que pudieran mantenerse en equilibrio, que pudieran convertirse el día de mañana en almas rectas y elevadas. He aquí la misión de Alina. Y esa misión se derrumbó. Ya no sirve para nada, para nada. Como los escombros después de un incendio...

HILDA.
Aunque así fuese...

SOLNESS.
¡Así es, así es; lo sé!

HILDA.
Bueno; pero, en todo caso, no tiene usted la culpa.

SOLNESS. (*Fija la mirada en ella y dice recalcando las palabras.*)
Ahí está la cuestión, la terrible cuestión que me roe día y noche.

HILDA.
¿Esa de la cual hablaba?

SOLNESS.
Sí. Suponga que, de una u otra manera, soy yo el culpable.

HILDA.

¡Usted! ¿Culpable del incendio?

SOLNESS.

Culpable de cuanto pasó. Y con todo... inocente en absoluto.

HILDA. (*Preocupada.*)

¡Oh, maestro! ¿Cómo puede decir eso! Debe usted de estar enfermo en realidad...

SOLNESS.

¡Ah! creo que a ese respecto jamás me curaré.

(RAGNAR BROVIK abre cautelosamente la puerta excusada del *chaffán izquierdo*. HILDA se *para*.)

RAGNAR. (*Al ver a HILDA.*)

¡Ah! Dispensame, señor Solness... (*Intenta retirarse.*)

SOLNESS.

No, no; quédese. Ahora mismo tenemos minamos.

RAGNAR.

Si pudiera ser...

SOLNESS.

Me han dicho que no está mejor su padre.

RAGNAR.

Decae a cada momento. Por eso quería suplicar... que le pusiera dos rellenos para consolarle, algo que yo pueda enseñarle antes que...

SOLNESS.

¡No quiero que vuelva usted a hablarme de esos dibujos!

RAGNAR.

¿Los ha visto usted?

SOLNESS.

Sí... los he visto.

RAGNAR.

¿Y no valen nada? ¿No valgo nada yo tampoco?

SOLNESS. (*Eludiendo hablar categóricamente.*)

Oiga, Ragnar: quédese aquí conmigo. Usted mismo pondrá las condiciones. Puede casarse con Kaia, vivir sin apuros, y hasta puede ser feliz; pero renuncie en definitiva a trabajar por su cuenta.

RAGNAR.

Volveré a casa para llevar su respueta a mi padre. Se lo he prometido... ¿Es de todo punto necesario decirle eso antes que muera?

SOLNESS. (*Como lamentándolo.*)

¡Oh! Dígale... dígame lo que quiera. ¡Mejor sería no decirle nada! (*Levantando la voz.*) ¡No puedo hacer otra cosa, Ragnar!

RAGNAR.

Luego, ¿me permite llevarme los dibujos?

SOLNESS.

Sí; llévselos, llévselos. Ahí están, sobre la mesa.

RAGNAR. (*Se dirige hacia la mesa.*)

Gracias.

HILDA. (*Porriendo la mano sobre la carpeta.*)

No, no; déjeles.

SOLNESS.

¡Cómo! ¿Por qué?

HILDA.

Deseo verlos.

SOLNESS.

Pero si usted ya los ha... (*A RAGNAR.*) Bueno; déjeles aquí, mientras.

RAGNAR.
Con mucho gusto.

SOLNESS.

Y vuelva en seguida al lado de su padre.

RAGNAR.

Sí; falta le hace.

SOLNESS. (*Exasperado.*)

Ragnar, no debe usted exigir de mí lo que no puedo, ¿comprende? ¡No debe hacerlo!

RAGNAR.

No, no. Perdóneme... (*Se inclina y sale por la puerta del chaffán.*)
(HILDA se sienta en una silla junto al espejo.)

HILDA. (*Mira con enfado a SOLNESS.*)

¡Lo que acaba usted de hacer está muy mal!

SOLNESS.

¿Le parece así?

HILDA.

Sí; ha hecho muy mal, se ha portado muy duramente. Es usted muy cruel.

SOLNESS.

Pero ¡si no sabe lo que me pasa!

HILDA.

No importa. De todos modos, no debía haberlo hecho usted.

SOLNESS.

Un momento atrás ha dicho usted misma que sólo yo debía tener derecho a edificar.

HILDA.

Yo puedo decirlo. Pero usted, no.

SOLNESS.

Quizá pueda yo decirlo con más razón que usted. Piense en el precio que he tenido que pagar por mi puesto.

HILDA.

Lo sé. La dicha del hogar, como lo llama usted, y todo lo demás.

SOLNESS.

Sin contar con la paz de mi alma.

HILDA. (*Levantándose.*)

¡La paz de su alma! (*Tierna.*) Sí, sí, es verdad. ¡Pobre maestro! No se figure que...

SOLNESS. (*Ríe con serenidad.*)

Vuelva a sentarse, Hilda. Va usted a oír algo divertido.

HILDA. (*Curiosa, se sienta.*)

¿Qué es?

SOLNESS.

A primera vista, va a parecerle ridículo. Como que se trata nada menos que de cierta grieta en el cañón de una chimenea.

HILDA.

¿Es eso todo?

SOLNESS.

No, es el principio. (*Aproxima una silla a HILDA y se sienta.*)

HILDA. (*Impaciente, tamborilea con los dedos sobre sus rodillas.*)

¿Dice usted que se trata de una grieta en un cañón de chimenea?

SOLNESS.

Hacia ya largo tiempo que yo había reparado en ella... mucho antes del incendio. Cada vez que subía a la buhardilla, iba a ver si había desaparecido.

HILDA.

¿Y la encontraba siempre?

SOLNESS.

Sí; porque nadie más que yo la había visto.

HILDA.

¿No dijo usted nada?

SOLNESS.

No, no dije nada.

HILDA.

¿Ni se proponía repararla?

SOLNESS.

“Sí, me lo propuse, pero no pasé de ahí. Cada vez que proyectaba ocuparme de ello, parecía que una fuerza mayor me lo impedía, “Hoy no—pensaba—, mañana.” Y nunca hice nada.

HILDA.

¿Por qué esa dejadez?

SOLNESS.

Porque tenía una idea. (*Lentamente, en voz baja.*) Por aquella grieta podía llegar la fortuna.

HILDA. (*Comprendiendo, mira con intensidad al vacío.*)

Ha tenido que ser para usted algo emocionante.

SOLNESS.

No podía evitarlo. En aquellos tiempos se me hacía todo tan fácil, tan sencillo... *Quería* que ocurriese en invierno... poco antes del almuerzo. Ahí y yo estaríamos fuera, paseando en trineo. En casa habrían encendido un gran fuego...

HILDA.

Por las trazas, aquel día debía de ser muy frío.

SOLNESS.

Sí, muy frío. Habían encendido un buen fuego para cuando ella volviese.

HILDA.

Es bastante friolera, ¿verdad?

SOLNESS.

Lo es. Y a la vieja íbamos a ver la humareda...

HILDA.

¿Nada más que la humareda?

SOLNESS.

La humareda, primero. Pero al llegar a la verja del jardín, íbamos a ver todo el caserón en llamas... Así quería yo que sucediera, y así sucedió.

HILDA.

Al fin y al cabo, ¿por qué no había de suceder?

SOLNESS.

Sí, Hilda, eso me pregunto: ¿por qué no?

HILDA.

Pero ¿está usted seguro de que fue la grieta de la chimenea la causa del incendio?

SOLNESS.

Al contrario. Estoy seguro de que no fue.

HILDA.

¿Cómo!

SOLNESS.

Se ha aclarado completamente que el fuego empezó en un ropero que estaba al otro extremo de la casa.

HILDA.

¿Pues por qué me cuenta usted lo de la chimenea?

SOLNESS.

¿Me deja que llegue hasta el fin, Hilda?

HILDA.

Sí, a condición de que diga cosas razonables.

SOLNESS.

Procuraré hacerlo. (*Acerca más su silla a la de HILDA.*)

HILDA.

Vamos. Cuéntenme todo.

SOLNESS. (*Con aire confidencial.*)

¿No cree usted, como yo, Hilda, que hay ciertos elegidos, ciertos hombres diferentes de los demás, que reciben la gracia, el poder de *desear* una cosa, de *anhelarla*, de *quererla*, con tanta fuerza, con tanta constancia, que inexorablemente han de conseguirla? ¿No lo cree?

HILDA. (*Con una expresión indefinible en los ojos.*)

De ser así, algún día se verá... si perteneczo a la raza de los elegidos.

SOLNESS.

Cosas tan grandes no las obtiene uno solo. ¡Oh, no! Para conseguirlas son indispensables ayudantes, servidores. Y éstos jamás vienen por sí mismos. Hay que llamarlos con verdadera insistencia. Llamarlos interiormente, con el deseo. ¿Comprende usted?

HILDA.

¿Y quienes son esos ayudantes, esos servidores?

SOLNESS.

Otra vez hablaremos de ello. Ahora no nos ocupemos más que del incendio.

HILDA.

¿Cree usted que, si no lo hubiera deseado, no habría estallado lo mismo?

SOLNESS.

Suponga que la casa hubiese pertenecido al viejo Knut Brovik. Jamás se habría incendiado tan a tiempo; estoy convencido. El no sabe llamar a los ayudantes, a los servidores, para que le secunden. (*Se levanta, agitado.*) Ya ve usted, Hilda, cómo, a pesar de todo, yo soy, en el fondo, el culpable de que mis dos hijos hayan tenido que pagar con la vida mi felicidad. Además, soy culpable también de que Ali-na no haya llegado a ser lo que debía... lo que quería ser.

HILDA.

Pero, puesto que son esos ayudantes y esos servidores quienes...

SOLNESS.

¿Quién los llamó? ¡Yo! Y vinieron a someterse a mi voluntad. (*Con excitación creciente.*) Eso es lo que la gente denomina suerte. Pues bien: voy a contarle cómo me ha ido con esa suerte. Díjase que tengo abierta, aquí en el pecho, una gran herida. Y los ayudantes, los servidores, van quitando pedazos de piel a otros para pegarlos a esa herida. Pero la herida no se cura nunca, nunca, ¡nunca! ¡Ah, si usted supiera cuánto duele y escuece a veces!

HILDA. (*Mirándole atentamente.*)

Está usted enfermo, maestro; casi me atrevería a decir que muy enfermo.

SOLNESS.

Diga loco. Es lo que piensa.

HILDA.

No; no creo que tenga usted la razón extraviada.

SOLNESS.
¿Qué tengo, pues?

HILDA,
¿No habrá venido al mundo con una conciencia enfermiza?

SOLNESS.
¿Una conciencia enfermiza? ¿Qué diablos es eso?

HILDA.
Quiero decir que tiene usted la conciencia muy débil, una conciencia débil, incapaz de resistir el menor esfuerzo y de soportar su propio peso.

SOLNESS. (*Agrio.*)
¡Vaya! ¿Y cómo tiene que ser la conciencia, entonces?

HILDA.
¿Su conciencia? Preferiría que fuese... ¿cómo decirlo?... una conciencia fuerte.

SOLNESS.
¡Ah! ¿Fuerte? ¿Tiene usted acaso la conciencia fuerte?

HILDA.
Creo que sí. Nada me hace suponer lo contrario.

SOLNESS.
Presumo que no habrá tenido que someterse a muchas pruebas.

HILDA. (*Con labios temblantes.*)
No fué tan fácil abandonar a mi padre, a quien tanto quiero.

SOLNESS.
¡Bah! por un par de meses...

HILDA.
Seguramente, no volveré nunca.

SOLNESS.
¿Nunca? ¿Por qué se marchó usted?

HILDA. (*Entre seria e intencionada.*)
¿Ha olvidado ya otra vez que ha vencido el plazo de los diez años?

SOLNESS.
¿Qué niñería! ¿Había algo en su casa que le desagradara?

HILDA. (*Más seria.*)
No. Lo que me empujó hasta aquí fué lo oro. No podía librarme de su seducción.

SOLNESS. (*Solitario.*)
¡Así es, Hilda! ¿Ve? En usted, como en mí, también hay algo de duende. El duende oculto dentro de nosotros es lo que atrae a los agentes exteriores. Y hay que ceder, se quiera o no se quiera.

HILDA.
Casi entiendo que tiene usted razón, maestro.

SOLNESS. (*Paseándose.*)
¡Oh, Hilda, andan tantos demonios sueltos por el mundo!...

HILDA.
¿Demonios?

SOLNESS. (*Se detiene.*)
Demonios buenos y malos; demonios de cabello rubio y de cabello negro. ¡Si pudiera uno saber sólo de cual depende nuestra suerte!... (*Vuelve a pasear.*) ¡Ah!, en ese caso, no habría problema.

HILDA. (*Le sigue con la mirada.*)
O si se tuviera una conciencia sana y fuerte, si nos atreviéramos a llevar a cabo todo lo que deseamos...

SOLNESS. (*Parándose ante la consola.*)
Por mi parte, creo que la mayoría de la gente está tan chiflada como yo.

HILDA.
Es posible.

SOLNESS. (*Se apoya contra la consola.*)
En las sagas... (1). ¿Ha leído usted las sagas?

HILDA.
Por supuesto, cuando leía libros.

SOLNESS.
En las sagas se habla de los vikingos, que hacían rumbo a lejanas tierras para saquear, incendiar, matar hombres...

HILDA.
Y raptar mujeres...

SOLNESS.
...Conservándolas consigo...

HILDA.
Y conduciéndolas a su patria en sus barcos...

SOLNESS.
Portándose con ellas como duendes malféficos.

HILDA. (*Con ojos soñadores.*)
Deba de ser muy emocionante.

SOLNESS. (*Con risa corta y áspera.*)
¿Raptar mujeres, no es eso?

HILDA.
No. Ser raptadas.

SOLNESS. (*Que la mira con interés.*)
¡Ah, vanos!

HILDA. (*Interrumpiéndole.*)
¿Adonde iba usted a parar con esos vikingos, maestro?

SOLNESS.

¡Ellos sí que eran hombres con una

(1) Sagas, antiguas leyendas poéticas escandinavas del tiempo de los vikingos, en las cuales se narraban sus conquistas, como ya se ha indicado en notas anteriores.

conciencia fuerte! De regreso en sus hogares, podían comer y beber, mostrándose alegres como niños. ¿Y las mujeres? Frecuentemente no querían separarse de ellos por nada del mundo. ¿Puede usted comprender semejante cosa, Hilda?

HILDA.
¿A esas mujeres? Las comprendo muy bien.

SOLNESS.
¡Hola, hola! ¿Haría quizá lo mismo?

HILDA.
Es probable.

SOLNESS.
¿Habría usted vivido de buen grado con uno de esos facinerosos?

HILDA.
Si hubiese llegado a amarle verdaderamente...

SOLNESS.
¿Podría amar a un hombre de esa clase?

HILDA.
¡Oh!, en amor, no se elige al que se quiere.

SOLNESS. (*Mediamente.*)
¡Y tanto! Eso depende del duende que haya dentro de nosotros.

HILDA. (*Somriente.*)
Y de todos esos dichosos demonios que conoce usted a fondo... demonios de cabellos rubios y de cabellos negros, como dice...

SOLNESS. (*Dulcemente.*)
Siendo así, Hilda, desco que esos demonios hagan una buena elección para usted.

HILDA.
Ya han elegido. Y de una vez por todas.

SOLNESS. (*Lanzando una mirada honrada.*)

Hilda, es usted como un ave salvaje de los bosques...

HILDA.
No, porque no me oculto en los matorrales.

SOLNESS.
Es cierto. O mejor, hay en usted un ave de rapaña.

HILDA.
Sí, tal vez. (*Con alegría feroz.*) ¿Y por qué no? ¿Por qué no iba yo a buscar también mi presa? ¿Por qué no apropiarme el boudin que me apeteciera? Si pudiese cogerlo entre mis garras... ¡oprimirlo!

SOLNESS.
Hilda, ¿sabe cómo la veo?

HILDA.
Sí; como a un pájaro raro.

SOLNESS.
No, Es usted un día que nace. Cuando la mito, se me antoja que contemplo la salida del sol.

HILDA.
Dígame, maestro: ¿está usted seguro de no haberme llamado en alguna ocasión... con el pensamiento?

SOLNESS. (*Despacio, en voz baja.*)
Estoy a punto de creer que lo he hecho.

HILDA.
¿Qué quería usted de mí?

SOLNESS.
Usted es la juventud, Hilda.

HILDA. (*Sonríe.*)
¿Esa juventud a la que tiene usted tanto miedo?

SOLNESS. (*Afirma poco a poco con la cabeza.*)
Y por la cual, a despecho mío, me siento arrastrado.

(*Hilda se levanta y se dirige a la mesa. Toma la carpeta de RAGNAR BROVIK y se la entrega.*)

HILDA.
Vamos a ver estos dibujos...

SOLNESS. (*La rechaza bruscamente.*)
Deje eso. Ya los he visto de sobra.

HILDA.
Sí; pero debe escribir algo en ellos.

SOLNESS.
¿Escribir en ellos? ¡Nunca!

HILDA.
El pobre viejo está muriéndose. ¿No querrá usted darles a él y a su hijo esa alegría, antes de la separación? Además, puede que le sirvan esos dibujos.

SOLNESS.
Por de contado. Edificaría con esos planos. Es una ocasión que se ha reservado... ese señorito.

HILDA.
Y aun cuando así sea, ¿no podría usted decir una pequeña mentira?

SOLNESS.
¿Mentir yo? (*Frenético.*) ¡Hilda, váyase con esos malditos dibujos!

HILDA. (*Retirando la carpeta.*)
Bien, bien; supongo que no me morirá usted. Habla de duendes y demonios. Me parece que se porta del todo como si lo fuese. (*Mira en torno suyo.*) ¿Dónde tiene tinta y pluma?

SOLNESS.
Aquí no hay nada de eso.

HILDA. (*Se encamina a la puerta.*)
Pues lo encontraré ahí, donde está esa señorita.

SOLNESS.
¡Quieta, Hilda! Dice usted que debía mentir. Sí; podría hacerlo en consideración al pobre viejo moribundo, a quien en otro tiempo arrojé por la borda.

HILDA.
¿Como a los demás?

SOLNESS.
Necesitaba sitio. Pero ese Ragnar... no quiero que se encumbre. ¡Por nada del mundo!

HILDA.
¡Pobre muchacho! Si no sirve para nada...

SOLNESS. (*Acercándose a ella, le dice en voz baja.*)
Si Ragnar Brovik llega, me derribará, me anulará, como yo hice con su padre.

HILDA.
¿Anularle a usted? ¿Vale, pues, algo?

SOLNESS.
Sí; de eso puede usted estar persuadida: vale. El es la juventud que se dispone a llamar a mi puerta... y a aniquilar al maestro Solness para siempre.

HILDA. (*Con una mirada de reproche.*)
Y usted no quiere abrirle. ¡Mal hecho, maestro!

SOLNESS.
La lucha que he sostenido me ha costado mucha sangre... Además, temo perder la sumisión de mis ayudantes, de mis servidores.

HILDA.
Pues tendrá usted que trabajar por sí solo. No hay otro remedio.

SOLNESS.
Sería inútil, Hilda. El cambio se verificará de todas maneras. Tarde o temprano. Es implacable la expiación.

HILDA. (*Angustada, se tapa los oídos.*)
¡No diga eso, por Dios! ¿Quiere usted acabar conmigo, quitarme mi mayor esperanza en la vida?

SOLNESS.
¿Cuál es?

HILDA.
La esperanza de verle en lo alto, con una corona en la mano. Arriba, en la aguja de la torre. (*Transición.*) ¡Prometo, un lápiz! Espero que, cuando me nos, tenga usted un lápiz.

SOLNESS. (*Saca uno de su cartera.*)
Tómalo.

HILDA. (*Poniendo la carpeta de RAGNAR BROVIK sobre la mesa que hay delante del sofá.*)

Bien. Vamos a sentarnos. (*SOLNESS se sienta ante la mesa, y HILDA se sienta detrás de él, inclinándose por encima del respaldo de la silla.*) Y ahora, escribamos. Algo simpático y cariñoso. Para ese maldito Roar o como se llama...

SOLNESS. (*Escribe unas líneas, vuelve la cabeza, y la mira.*)
Dígame una cosa, Hilda...

HILDA.
¿Que?

SOLNESS.
Puesto que lleva usted esperandome diez años...

HILDA.
Hable ya.

SOLNESS.
¿Por qué no me escribió? Le habría respondido.

HILDA. (Con precipitación.)
¡No, no, no! Eso mismo era lo que yo no quería.

SOLNESS.
¿Por qué no?

HILDA.
Porque tenía miedo de que se estropeara todo. Pero ahora se trata de escribir unas palabras en estos papeles, maestro.

SOLNESS.
Sí, en efecto.

HILDA. (Se inclina por encima mientras él escribe.)
Algo que sea cordial. ¡Oh, cuánto odio a ese Roar..., cuánto le odio!

SOLNESS. (Mientras escribe.)
¿No ha amado usted jamás de verdadero amor a nadie, Hilda?

HILDA. (Con dureza.)
¿Qué dice usted?

SOLNESS.
Le pregunto si nunca ha amado a nadie.

HILDA.
¿A algún otro, quiere decir?

SOLNESS. (Volviéndose para mirarla.)
Sí, a otro. ¿No ha amado a nadie nunca en estos últimos diez años?

HILDA.
Alguna que otra vez. Cuando estaba muy enfadada con usted porque no acudía.

SOLNESS.
¿De modo que ha amado usted a otros también?

HILDA.
Un tantico. Duraba una semana o poco más. En fin, maestro, ya sabe lo que son esas cosas.

SOLNESS.
Dígame, Hilda: ¿a qué ha venido usted aquí?

HILDA.
No pierda el tiempo charlando. Podría morirse, entre tanto, el pobre viejo.

SOLNESS.
Respóndame, Hilda: ¿qué quiere usted de mí?

HILDA.
Quiero mi reino.

SOLNESS.
¿Eh?
(Mira rápidamente hacia la puerta de la izquierda y sigue escribiendo. En el mismo momento la SEÑORA SOLNESS entra en la estancia, con algunos paqueteros.)

SEÑORA SOLNESS.
Aquí le traigo varias cosas, señori-

ta Wangel. Los paquetes grandes los enviarán más tarde.

HILDA.
¡Qué buena es usted!

SEÑORA SOLNESS.
Es mi deber, nada más.

SOLNESS. (Releyendo lo que ha escrito.)
Alina.

SEÑORA SOLNESS.
¿Qué?

SOLNESS.
¿Has visto si está esa..., la contable, ahí?

SEÑORA SOLNESS.
Sí, claro que está.

SOLNESS. (Mere los dibujos en la carpeta.)
Bien...

SEÑORA SOLNESS.
Está de pie junto a su pupitre, como siempre que paso por el despacho.

SOLNESS. (Se levanta.)
Entonces, iré a devolverle esto y a decirle que...

HILDA. (Arrebatandole la carpeta.)
No; déjeme a mí tener esa alegría. (Se dirige hacia la puerta, pero se vuelve antes de abrirla.) ¿Cómo se llama?

SOLNESS.
Señorita Fosli.

HILDA.
¡Ah!, sí; pero suena tan frío... Quiero saber su nombre.

SOLNESS.
Creo que Kaia.

HILDA. (Abre la puerta, y llama.)
¡Kaia! Venga aquí, por favor. ¡Apresúrese! El señor maestro desea hablar con usted.
(Entra Kaia Fosli.)

KAIA. (Mirando temerosamente a SOLNESS.)
Aquí estoy...

HILDA. (Le da la carpeta.)
Tenga, Kaia. Lévesela. El señor Solness ya ha escrito lo que tenía que escribir.

KAIA.
¡Ah, por fin!

SOLNESS.
Entréguesela al viejo lo antes posible.

KAIA.
Voy sin tardanza a casa en un vuelo.

SOLNESS.
Hágalo. Y así podrá empezar Ragnar a construir.

KAIA.
¡Oh! Permítame que venga a darle las gracias por todo.

SOLNESS. (Duro.)
¡No quiero ningún agradecimiento! Dígaselo de mi parte.

KAIA.
Yo...

SOLNESS.
Y dígame al mismo tiempo que en adelante no necesito sus servicios. Ni los de usted.

KAIA. (Con voz trémula.)
¡Ni los míos!

SOLNESS.

Ahora tendrá usted otras cosas en qué pensar. Será mejor. Ande, vaya a su casa con los dibujos, señorita Fosli. ¡De prisa! ¿Ha oído?

KAVA. (*En el mismo tono que antes*.)
Sí, señor Solness. (*Vase.*)

SEÑORA SOLNESS.
¡Santo Dios, qué mirada tan hipocrita tiene!

SOLNESS.
¿Ella? ¡Pobre tonuelal!

SEÑORA SOLNESS.
¡Oh! yo sé lo que veo, Halvard.
¿Los despides de veras?

SOLNESS.
Sí.

SEÑORA SOLNESS.
¿A ella también?

SOLNESS.
¿No era eso lo que querías?

SEÑORA SOLNESS.
Pero, ¿cómo puedes prescindir de ella? Así, pues, supongo que tendrás alguien de reserva, Halvard.

HILDA. (*Divertida.*)

Si cuenta usted conmigo, le advierto que no sirvo para estar delante de un pupitre.

SOLNESS.

Bueno, bueno; todo se arreglará. Ahí na. Ahora no tienes que pensar en nada más que en el traslado de casa cuanto antes. Esta noche colgaremos la corona... (*Volviéndose a HILDA.*) en lo alto de la torre. ¿Qué dice usted a eso, señorita Hilda?

HILDA. (*Con los ojos brillantes.*)

¡Estupendo! ¡Verle a usted otra vez arriba, arriba!

SOLNESS.

¿A mí?

SEÑORA SOLNESS.

Pero, señorita Wangel, ¿qué está pensando usted? ¡Mi marido, que parece de vértigos...!

HILDA.

¿De vértigos? No, no los tiene.

SEÑORA SOLNESS.

¡Vaya si los tiene!

HILDA.

Pues yo misma le he visto en lo alto de una torre.

SEÑORA SOLNESS.

Sí; he oído hablar de ello. Pero es imposible que lo haga.

SOLNESS. (*Violento.*)

¡Imposible, imposible! ¡Vamos! No obstante, subí.

SEÑORA SOLNESS.

¡Por Dios, Halvard! ¿Cómo dices eso? ¡Tú, que no puedes asomarte al balcón del segundo piso! Siempre fuiste así.

SOLNESS.

Acaso te lleves una sorpresa esta noche.

SEÑORA SOLNESS. (*Inquieta.*)

¡No, no, no! ¡Dios me valga! Voy desde luego a escribir al doctor para que te quite esa idea de la cabeza.

SOLNESS.

Pero, Ahna...

SEÑORA SOLNESS.

Sí, Halvard, porque estás enfermo. No puede ser otra cosa. ¡Dios mío, Dios mío! (*Desaparece con premura por la derecha.*)

HILDA. (*Clavando la mirada en SOLNESS.*)

¿Es verdad, sí o no?

SOLNESS.

¿Que tengo vértigos?

HILDA.

Que mi maestro no, se atreve a subir tan alto como construye.

SOLNESS.

¿Así lo interpreta usted?

HILDA.

Sí.

SOLNESS.

Pronto no va a tener mi alma para usted ningún secreto.

HILDA. (*Mira hacia la ventana del chaflán.*)

¡Allá, en lo alto, en lo más alto!

SOLNESS. (*Aproximándose.*)

Allá, en una habitación, en lo más alto de la torre, podrá usted vivir, Hilda. Estará como una princesa.

HILDA. (*Indecisa, medio bromeardo.*)

Sí, eso era lo que usted me había prometido.

SOLNESS.

¿Se lo había prometido, efectivamente?

HILDA.

¿Lo duda? me dijo que sería princesa, que me daría un reino. Y después... Usted... ¡Oh!

SOLNESS. (*Con recelo.*)

¿Está absolutamente segura de que no ha sido un sueño... una alucinación?

HILDA. (*Mordaz.*)

¡Cómo! ¿No ocurrió así?

SOLNESS.

Ni yo mismo lo sé. (*Baja la voz.*) Lo que sé ya es que...

HILDA.

¿Qué es? ¡Dígallo en seguida!

SOLNESS.

Es que debía hacerlo.

HILDA. (*Alzando valientemente la voz.*)

¡Oh!, no, usted no tiene vértigos.

SOLNESS.

Esta noche colgaremos la corona, princesa Hilda.

HILDA. (*Con amargura.*)

Sí, en lo alto de su nuevo hogar.

SOLNESS.

Sobre la casa nueva... que no será para mí un hogar jamás. (*Se marcha por la puerta del jardín.*)

HILDA. (*Con la mirada perdida en el vacío, habla consigo misma.*)
¡Terriblemente emocionante!

ACTO TERCERO

Amplia terraza en cara de Solness. A la izquierda se ven un ángulo de la casa y una puerta que da a la terraza. A la derecha, una balaustrada. Al fondo, escalinatas que conducen a la parte baja del jardín. Vistos y corpulentos árboles tienden sus ramas por encima. En el foro, a la derecha, se ve la planta baja de la nueva villa, con un andamio en torno a la torre. Al fondo del jardín, una vieja empalizada con setiembre inclinada. Celaje vespertino entre nabos dorados por el sol. En la terraza, un banco de piedra a lo largo de la pared de la casa, y delante del banco, una mesa alargada. Al otro lado de la mesa, un sillón y unas banquetas. Todos los muebles son de mimbre.

La SEÑORA SOLNESS, envuelta en un amplio chal de seda blanca, descansa en el sillón y mira con fijeza hacia la derecha. Un poco después, aparece HILDA WANGEL, subiendo por la escalinata del jardín. Viste como en el segundo acto y lleva el sombrero puesto; en el pecho, un ramito de flores silvestres.

SEÑORA SOLNESS. (*Torciendo algo la cabeza.*)

¿Ha dado usted una vuelta por el jardín, señorita Wangel?

HILDA.

Sí; he estado paseándome.

SEÑORA SOLNESS.

Y ha encontrado flores, según veo.

HILDA.

Como que hay muchas entre las matas.

SEÑORA SOLNESS.

¿Es posible? ¿En esta época del año? ¿Yo no voy ahí nunca...

HILDA. (*Conforme se aproxima.*)

¡Cómo! Yo que usted, iba a diario.

SEÑORA SOLNESS. (*Sonriendo tristemente.*)

No voy a ningún sitio hace mucho tiempo.

HILDA.

Pero alguna vez bajará a echar un vistazo sobre todas esas maravillas.

SEÑORA SOLNESS.

Se me antojan distintas a las de antes. Casi tengo miedo de volver a verlas.

HILDA.

¿Miedo de su propio jardín?

SEÑORA SOLNESS.

Me parece que ya no es mío.

HILDA.

¿Por qué dice usted eso?

SEÑORA SOLNESS.

No, no; ya no es mi jardín. No es como en tiempo de mis padres. Ahora está lúgubre. ¡Lo han mutilado tanto, señorita Wangel! Figurese que lo han dividido en parcelas y han edificado casas para gentes extrañas, para gentes que no conozco y pueden desde sus ventanas observarme.

HILDA. (*Con simpatía.*)

Señora Solness...

SEÑORA SOLNESS.

¿Qué?

HILDA.

¿Me permite que la acompañe un rato?

SEÑORA SOLNESS.

Encantada, si eso le complace.

HILDA. (*Acercando una banqueta al sillón y se sienta.*)

¡Qué bien se está aquí tomando el sol como un gato!

SEÑORA SOLNESS. (*Pone una mano sobre el cuello de HILDA.*)

Es usted muy amable haciéndome compañía. Creí que iba a ver a mi marido.

HILDA.

¿Para qué?

SEÑORA SOLNESS.

Para ayudarte.

HILDA.

No, gracias. Además, no está ahí, sino allá lejos, con los obreros. Le he visto. Ofrecía un aspecto tan hurano, que no me he atrevido a hablarle.

SEÑORA SOLNESS.

En el fondo, tiene un carácter muy cariñoso, muy suave.

HILDA.

¿Eh?

SEÑORA SOLNESS.

Usted no le conoce bien aún, señorita Wangel.

HILDA. (*Con afecto.*)

Ahora estará usted contenta de mudarse a la casa nueva, ¿verdad?

SEÑORA SOLNESS.

Debia estarlo. Así lo quiere Halvard.

HILDA.

Pues no considero que eso sea una razón.

SEÑORA SOLNESS.

Sí, sí, señorita Wangel. Mi escrito deber es doblegarme a su voluntad. Pero a veces resulta muy difícil obedecer.

HILDA.

Sí que ha de resultarlo.

SEÑORA SOLNESS.

¡Y tanto! Si no se es mejor que yo...

HILDA.

Claro; cuando se ha pasado por tantas pruebas...

SEÑORA SOLNESS.

¿Cómo lo sabe usted?

HILDA.

Me lo ha dicho su marido.

SEÑORA SOLNESS.

¡Habla tan poco conmigo de esas cosas! Sí, créame, señorita Wangel: he sufrido más de lo corriente en mi vida.

HILDA. (*Con un movimiento compasivo, moviendo lentamente la cabeza.*)

¡Pobre señora Solness! Primero, el incendio...

SEÑORA SOLNESS. (*Suspirando.*)

Sí. ¡Ardió todo!

HILDA.

Y después vino lo peor.

SEÑORA SOLNESS.

¿Qué quiere usted decir?

HILDA. (*En voz baja.*)
Perdió usted los dos hijos.

SEÑORA SOLNESS.

En efecto; pero ésa es cuestión aparte. Fue un designio de la Providencia, ante el cual hay que doblegarse... y dar gracias, por añadidura.

HILDA.

¿Lo hace usted?

SEÑORA SOLNESS.

No siempre, desgraciadamente. De sobra sé que constituye mi deber; pero me es imposible cumplirlo.

Lo comprendo.

SEÑORA SOLNESS.

Muy a menudo he tenido que decirme a mí misma que fué un castigo justo...

HILDA.

¿Por qué?

SEÑORA SOLNESS.

Por no haber sido lo bastante firme en mi desdicha.

HILDA.

Yo no veo que...

SEÑORA SOLNESS.

Oiga, señorita Wangel. No me habie de los dos pequeños. No debemos pensar sino en su felicidad. ¡Serían tan felices... tan felices ahora! No; lo que me parte el corazón son las pequeñas pérdidas de la vida, y yo he no supone casi nada.

HILDA. (*Apoya los codos sobre las rodillas de la SEÑORA SOLNESS y la mira con afecto.*)

Querida señora Solness, cuente, cuente todo.

SEÑORA SOLNESS.

Le repito que no son más que pequeños. ¡Dios mío! Los retratos antiguos, los viejos trajes de seda que habían pertenecido a la familia de tiem, y de mi abuela, ¡todo se quemó! ¡Fíjese... ¡hasta las alhajas! (*Suspira profundamente.*) ¡Y todas las muñecas!

HILDA.

¿Las muñecas?

SEÑORA SOLNESS. (*Reprimiendo el llanto.*)

Tenia nueve muñecas encantadoras.

HILDA.

¿Y también se quemaron?

SEÑORA SOLNESS.

Todas. ¡Me dió tanta pena!

HILDA.

Muy justificada. ¿Había usted guardado todas sus muñecas desde la niñez?

SEÑORA SOLNESS.

No; las guardé. Las muñecas y yo seguíamos viviendo juntas.

HILDA.

¿Hasta que se hizo usted mayor?

SEÑORA SOLNESS.

Hasta mucho después.

HILDA.

¿Hasta que se casó usted?

SEÑORA SOLNESS.

Sí, claro está. Cuando él no me veía, yo... ¡Pero las pobrecitas se quemaron todas! Nadie pensó en salvarlas. Es muy triste. No se ría usted de mí, señorita Wangel.

HILDA.

No me río.

SEÑORA SOLNESS.

Porque tenían en cierto modo su vida. Las llevaba en mi corazón, como niños por nacer.

(*El DOCTOR HERDAL, sombrero en mano, llega, procedente de la casa, y advierte la presencia de la SEÑORA SOLNESS y de HILDA.*)

DOCTOR HERDAL.

¿Está usted dispuesta a tomar frío?

SEÑORA SOLNESS.

Como hacía un día tan bueno y tan templado...

DOCTOR HERDAL.

Sí, sí. Pero, ¿qué ocurre aquí? He recibido un billete de usted.

SEÑORA SOLNESS. (*Levantándose.*)

Tenemos que hablar.

DOCTOR HERDAL.

Bueno; mejor será que entremos, ¿no? (*A HILDA.*) ¿Siempre en traje de montaña, señorita?

HILDA. (*Alegre, levantándose a su vez.*)

Siempre. De etiqueta. Pero hoy no me siento con ánimos de romperme el bautismo, por cierto. Usted y yo, doctor, nos quedaremos abajo mirando tranquilamente el espectáculo.

DOCTOR HERDAL.

¿Qué espectáculo?

SEÑORA SOLNESS. (*Asustada, dice en voz baja a HILDA.*)

¡Chis, chis, por amor de Dios! Ahí viene. Procure quitarle esa idea de la cabeza, y seamos amigas, señorita Wangel, ¿quiere?

HILDA. (*Se echa violentamente al cuello de la SEÑORA SOLNESS.*)

Sí; podemos serlo.

SEÑORA SOLNESS. (*Desprendiéndose suavemente.*)

¡Bien, bien! Ya viene, doctor. Hemos de hablar un poco.

DOCTOR HERDAL.

¿Se traía de él?

SEÑORA SOLNESS.

Sí, por supuesto. Venga conmigo. (*Seguida del doctor, entra en la casa.*) ¡Jardín y sube la escalinata. El rostro de HILDA adquiere una expresión grave.)

SOLNESS. (*Mirando de soslayo la puerta de la casa, que se cierra con precaución desde dentro.*)

¿Ha notado usted, Hilda, cómo se va en cuanto aparezco?

HILDA.

He notado que, cada vez que viene usted, no tiene ella más remedio que irse.

SOLNESS.

Acaso. Pero, ¿qué le voy a hacer? (*La mira detenidamente.*) ¿Tiene usted frío, Hilda? Su cara es de estar helada.

HILDA.

Acabo de salir de un sepulcro.

SOLNESS.

¿Qué dice usted?

HILDA.

Que tengo su frialdad en el cuerpo, señor Solness.

SOLNESS. (*Lentamente.*)

Creo que la comprendo...

HILDA.

¿Qué quiere usted aquí ahora?

SOLNESS.

La he visto desde lejos.

HILDA.

Entonces, también la habrá visto a ella.

SOLNESS.

Sabía que se iría en cuanto yo llegara.

HILDA.

¿Le da a usted mucha pena que le evite de ese modo?

SOLNESS.

Y a la vez siento un consuelo.

HILDA.

¿Por no tenerla ante los ojos?

SOLNESS.

Sí.

HILDA.

¿Y no verla a cada momento entristecida con el recuerdo de sus hijos?

SOLNESS.

Eso es. (HILDA va de un lado a otro con las manos a la espalda. Luego se aproxima a la balustrada y mira hacia el jardín. Hay una breve pausa.)
 ¿Ha hablado usted largo rato con ella?
 (HILDA permanece inmóvil, sin responder.) Le pregunto si ha hablado usted mucho tiempo con ella. (HILDA continúa callada.) ¡Pobre Alina! Recordaría a los niños, sin duda. (HILDA, sacudida por un temblor nervioso, hace un gesto distintivo con la cabeza repetidas veces.) Nunca se le pasará la pena, ¡nunca! (Aproximase a HILDA.) Ya está usted como una estatua otra vez. Anoche también estaba así.

HILDA. (Se vuelve y le mira con los ojos muy abiertos.)
 ¡Quiero irme!

SOLNESS. (Ofendido.)

¡Irse!

HILDA.

Sí.

SOLNESS.

Se lo prohíbo.

HILDA.

¿Qué quiere usted que haga aquí ya?

SOLNESS.

Esar cerca de mí, nada más, Hilda.

HILDA. (Le mira de arriba abajo.)

Gracias. Las cosas no quedarían ahí.

da la calma.) ¡Yo, que no puedo vivir sin alegría!

HILDA. (Da vuelta a la mesa y va a sentarse en el banco, acomodándose con la cabeza apoyada entre sus manos. Continúa un rato mirándole.)
 ¿Qué piensa usted edificar ahora?

SOLNESS. (Moviendo la cabeza.)
 Ya no haré mucho más.

HILDA.
 ¿No será uno de esos hogares donde padre, madre e hijos puedan vivir tranquilos y dichosos?

SOLNESS.
 ¡Quién sabe si esas cosas serán necesarias en lo sucesivo!

HILDA.
 ¡Pobre maestro Solness! ¡Usted, que durante diez años no ha vivido sino para ello!

SOLNESS.
 Sí, Hilda; es verdad.

HILDA. (Enérgica.)
 ¡Oh, qué absurdo me parece todo esto!

SOLNESS.
 ¿Qué es todo esto?

HILDA.
 ¡Que no se atreva una a extender la mano para coger la felicidad, sólo para vivir, porque hay en el camino una persona a quien se conoce!

SOLNESS.
 Y a quien no se tiene derecho a olvidar.

HILDA.
 ¡Quién sabe si a la postre se tiene derecho o no! Pero aun así... ¡Oh!, si pudiera una dormirse lejos de to-

do... (Extiende los brazos sobre la mesa, apoya la mejilla izquierda en las manos y cierra los ojos.)

SOLNESS. (Vuelve el sillón y se sienta al lado de la mesa.)
 ¿Tenía usted un hogar acogedor y feliz allá en el Norte, en casa de su padre, Hilda?

HILDA. (Sin moverse, responde cal en sueños.)
 Estaba allí como en una prisión.

SOLNESS.
 ¿Y no quiere usted volver?

HILDA. (Igual que antes.)
 El ave de los bosques no piensa volver nunca a la jaula.

SOLNESS.
 Prefiere volar libre.

HILDA. (De la misma manera.)
 Prefiere volar libre... el ave de rapina...

SOLNESS. (Que la observa con atención.)
 ¡Quién fuese tan valiente como los vikingos!

HILDA. (Sin moverse, abre los ojos y dice con una entonación normal de voz.)
 ¿Sí? ¿Y qué más...

SOLNESS.
 ¡Quién tuviera una conciencia fuera!

HILDA. (Se incorpora, llena de vida, y sus ojos recobran el brillo alegre de antes; mientras afirma con la cabeza.)
 Ya sé lo que construirá usted al presente.

SOLNESS.
 Pues sabe usted más que yo, Hilda.

HILDA.

Como es usted tan torpe...

SOLNESS.

¿Y qué voy a construir?

HILDA. (Con otro mohín de cabeza.)
El castillo.

SOLNESS.

¿Qué castillo?

HILDA.

El mío, por de contado.

SOLNESS.

¿Ahora desea usted un castillo?

HILDA.

¿No me ha prometido usted un reino?

SOLNESS.

¿Y qué?

HILDA.

La dueña de un reino necesita un castillo, ¿no cree?

SOLNESS. (Animándose paulatinamente.)

Sí, claro; es la costumbre.

HILDA.

¿Pues consúrryalo de prisa!

SOLNESS. (Somniente.)

¿Cómo!..., ¿al momento?

HILDA.

Sí; ya ha expirado el plazo de diez años, y no quiero esperar más. ¡Pron-
to, pronto, mi castillo!

SOLNESS.

¿Pobre de quien deba a usted algo,
Hilda!

HILDA.

¡Haberlo pensado antes! Ya es tar-
de. ¡Pronto! (Golpea con la mano so-bre la mesa.) ¡Venga ese castillo! ¡Es
mío! ¡Lo necesito aquí inmediata-
mente!SOLNESS. (Recobrando su gravedad, po-
ne los brazos sobre la mesa y apro-
xima su rostro hacia HILDA.)
¿Cómo ha ideado usted que sería el
castillo, Hilda?HILDA. (Mientras se empaña gradual-
mente su mirada, cual si se concen-
trara en sí misma, dice con lentitud.)
Mi castillo está edificado sobre una
gran altura, lo más alto posible. Debe
extenderse desde allí con libertad la
vista en todas direcciones. Quiero ver
hasta muy lejos, hasta muy lejos.

SOLNESS.

Y tendrá una torre muy alta, ¿eh?

HILDA.

Una torre espantosamente alta. Y
arriba, en lo último, un balcón. Y a
ese balcón quiero asomarme yo...SOLNESS. (Llevándose, sin querer, las
manos a la cabeza.)
¿Cómo puede gustarle estar a esa
altura vertiginosa?

HILDA.

Sí. Quiero sobre todo estar arriba,
contemplando a cuantos construyen igle-
sias y casas para padres, madres e hi-
jos. Será menester que venga usted a
mi lado y los contemple también.

SOLNESS. (En un susurro.)

¿Podría el constructor llegar hasta
la princesa?

HILDA.

Sí el constructor lo quiere, sí.

SOLNESS. (Más bajo aún.)

Entonces, creo que irá el construc-
tor.HILDA. (Asintiendo con la cabeza.)
El maestro..., vendrá.

SOLNESS.

Pero ya no edificará nunca más. ¡Po-
bre maestro!

HILDA. (Vivamente.)

¡Sí, a fe mía! juntos construiremos
lo más maravilloso del mundo.

SOLNESS. (Arrebatado.)

¡Hilda! Dígame qué es.

HILDA. (Le mira sonriendo, muere hi-
geramente la cabeza, frunce la boca
y habla como un niño.)
Estos maestros son muy... muy ton-
tos.

SOLNESS.

Sí que lo son; pero dígame, ¿qué
construiremos juntos?HILDA. (Tras de una pausa, con ojos
sonriadores.)
Castillos en el aire.

SOLNESS.

¿Castillos en el aire?

HILDA.

Sí, castillos en el aire. ¿Sabe usted
lo que es eso?

SOLNESS.

Usted lo ha dicho: lo más maravi-
lloso del mundo.HILDA. (Se pone de pie con brusque-
dad y hace un gesto de desdén con
la mano.)
Sí, eso. ¡Es tan fácil construir cas-
tillos en el aire!... (Mirándole, despec-
trada.) En particular, para los maestros
que sienten vértigos de conciencia.

SOLNESS. (Lecurándose.)

De ahora en adelante, Hilda, construi-
remos siempre juntos.HILDA. (Con una sonrisa de duda.)
¿Usted cree que podremos construir
un verdadero castillo en el aire?

SOLNESS.

¡Sí, pero sobre cimientos sólidos.

(Aparece RAGNAR BROVIK, sa-
liendo de la casa. Lleva una
gran corona de follaje, adornada
con flores y cintas policromas.)

HILDA. (Exclama gozosamente.)

¡La corona! ¡Oh, qué bonito va a
ser!

SOLNESS. (Asombrado.)

¿Es usted, Ragnar, quien trae la co-
rona?

RAGNAR.

Se la había prometido al capataz.

SOLNESS. (Tranquilizado.)

Por lo visto, se encuentra mejor su
padre.

RAGNAR.

No.

SOLNESS.

¿No se ha reanimado con lo que le
he escrito?

RAGNAR.

Llegaba demasiado tarde.

SOLNESS.

¡Demasiado tarde!

RAGNAR.

Cuando Kaia trajo la carpeta, ha-
bía el perdido el conocimiento. Tuvo
un ataque apoplético.

SOLNESS.

¡Pues vuelva usted a su lado! ¡Va-
ya a cuidar a su padre!

RAGNAR.

Ya no me necesita.

SOLNESS.
Pero vuelva a su casa.

RAGNAR.
Ella le velará.

SOLNESS. (*Inseguro.*)
¿Quién? ¿Kaia?

RAGNAR. (*Mirándole sombríamente.*)
Sí... Kaia, eso es.

SOLNESS.
Vuelva a casa, Ragnar, cerca de él y de ella. Déme la corona.

RAGNAR. (*Disimula una sonrisa de burla.*)
Supongo que no irá usted personalmente...

SOLNESS.
Yo mismo la llevaré. (*Toma la corona.*) Váyase a casa. No le necesitamos hoy.

RAGNAR.
Ya sé que no me necesita usted. Pero hoy me quedaré.

SOLNESS.
Bueno; quédese, puesto que tiene tanto empeño.

HILDA. (*Junto a la balaustrada.*)
Maestro, desde aquí le verá.

SOLNESS.
¿A mí?

HILDA.
¡Será terriblemente emocionante!

SOLNESS. (*Con voz apagada.*)
Hablaremos después, Hilda. (*Baja la eschínna, llevando la corona, y sale por el jardín.*)

HILDA. (*Le sigue con la mirada y luego se vuelve hacia RAGNAR.*)
Ha debido usted darle las gracias.

RAGNAR.
¿Darle las gracias? ¿A él?

HILDA.
Naturalmente.

RAGNAR.
Más bien es a usted a quien debía dárselas.

HILDA.
¿Por qué dice eso?

RAGNAR. (*Sin responder.*)
Pero tenga cuidado, señorita. No le conoce usted bien.

HILDA. (*Fogosa.*)
¡Oh! le conozco mejor que nadie.

RAGNAR. (*Sonríe con amargura.*)
¡Darle gracias! ¡A él, que me ha tenido aplastado durante tanto tiempo; a él, que ha hecho a mi padre dudar de su hijo...; que me ha hecho dudar de mí mismo! ¡Y todo sólo porque...!

HILDA. (*Suspiciosa.*)
¿Por qué? ¡Dígamelo en seguida!

RAGNAR.
Porque quería conservarla a su lado.

HILDA. (*Desafiándole.*)
¿A la señorita del pupitre?

RAGNAR.
Sí.

HILDA. (*Amenazadora, apretando los puños.*)
Eso no es verdad. ¡Miente usted!

RAGNAR.
Yo tampoco lo crea hasta que ella misma me lo ha contado todo hoy.

HILDA. (*Fuera de sí.*)
¿Qué ha dicho ella? ¡Quiero saberlo! ¡Pronto, pronto!

RAGNAR.
Ha dicho que él le hacía perder la cabeza por completo, que se apoderaba de todos sus pensamientos, que jamás podrá pasarse sin él, que quiere continuar siempre a su lado...

HILDA. (*Echando chispas por los ojos.*)
¡No se le permitirá!

RAGNAR. (*Observándole detenidamente.*)
¿Quién no se lo permitirá?

HILDA. (*Con precipitación.*)
¡Ni a él tampoco!

RAGNAR.
No, no; ahora lo entiendo muy bien. A partir de hoy ella no sería para él más que un estorbo...

HILDA.
No entiendo usted nada...; puesto que ha sido capaz de decir semejante cosa. Yo le explicaré por qué la retencia.

RAGNAR.
Explíquemelo. ¿Por qué?

HILDA.
Para retenerle a usted.

RAGNAR.
¿Se lo ha dicho él?

HILDA.
No; pero es así. No puede ser de otro modo. (*Perdiendo la serenidad.*) ¡Yo quiero...; quiero que sea así!

RAGNAR.
¿Y la ha despedido precisamente cuando llegó usted?

HILDA.
Es a usted, a usted a quien ha despedido. ¿Cree que a él puede interesarle cualquier señorita?

RAGNAR. (*Reflexiona.*)
¿Habrá tenido miedo de mí?

HILDA.
¿Miedo él? Opino que se da usted demasiada importancia.

RAGNAR.
Hace mucho tiempo que ha debido de notar que yo también valgo... Y se asustaba. Porque es muy miedoso.

HILDA.
¿El? Figuraciones de usted.

RAGNAR.
Sí, en cierto modo es un cobarde. Ese gran maestro...; que no vacía para robar la felicidad ajena, como lo ha hecho con mi padre y conmigo...; tiene miedo de subir a un andamio. ¡A eso no se aventuraría!

HILDA.
¡Ah, si usted le hubiera visto a la altura a que yo le vi! Se perdía la mirada.

RAGNAR.
¿Le ha visto usted?

HILDA.
Sí; le he visto, libre y osado, mantenerse de pie en lo alto de una torre y colocar una corona.

RAGNAR.
Ya sé que se arrevió a hacerlo una vez en la vida, ¡una sola vez! Entre nosotros los jóvenes se ha hablado mucho de ello. Pero por nada del mundo lo haría otra vez.

HILDA.

¡Ya verá usted cómo lo hace hoy!

RAGNAR. (*En tono de sorna.*)
Si que quisiera verlo.HILDA.
Pues no tardará mucho.RAGNAR.
¡Eso no lo veremos ni usted ni yo!
Créame.HILDA. (*Impetuosa, desenfrenada.*)
¡Quiero verlo, necesito verlo!RAGNAR.
Pues no lo hará. Tiene miedo... se
marea... el gran constructor.
(*Abre la puerta de la casa.*)
que viene de la casa.)SEÑORA SOLNESS. (*Buscando con la vista a su esposo.*)
¿No está aquí? ¿Adónde ha ido?RAGNAR.
El señor maestro está con los obreros.HILDA.
Se ha marchado con la corona.SEÑORA SOLNESS. (*Aterrizada.*)
¡Con la corona! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Vaya a buscarle, Brevik! Haga usted que vuelva.RAGNAR.
¿Debo decirle que quiere usted hablar con él, señora?SEÑORA SOLNESS.
Sí, por favor... No; mejor será que no le diga que soy yo la que quiere hablarle. Dígame que le espera alguien, y que venga en seguida.

RAGNAR.

Está bien, señora; ahora mismo voy.
(*Baja por la escalinata y desaparece en el jardín.*)SEÑORA SOLNESS.
Señorita Wangel, no puede usted imaginarse la angustia que siento.HILDA.
Pero, ¿hay algún peligro?SEÑORA SOLNESS.
Bien lo sabe usted. ¡Figúrese! Si se le ha puesto en la cabeza subir al andamio...HILDA. (*Nerviosa.*)
¿Supone usted que será capaz de hacerlo?SEÑORA SOLNESS.
Jamás se sabe de lo que es capaz.HILDA.
¿Cree usted de veras lo que dice?SEÑORA SOLNESS.
No; francamente, ya no sé qué creer después de lo que acaba de decirme el doctor y de lo que yo misma he oído...
(*El doctor Herdal asoma por la puerta.*)DOCTOR HERDAL.
¿No ha venido aún?SEÑORA SOLNESS.
Vendrá; ya han ido a buscarle.DOCTOR HERDAL.
Debería retirse usted, señora.SEÑORA SOLNESS.
No, no. Quiero quedarme aguardando a Halvard.DOCTOR HERDAL.
Hay algunas señoras en el salón...SEÑORA SOLNESS.
¡Vaya! ¡Qué oportunidad!DOCTOR HERDAL.
Quieran ver el fesejo.SEÑORA SOLNESS.
No tendré más remedio que ir a hacerles los honores. Es mi deber.HILDA.
¿No podría usted despedir a esas señoras?SEÑORA SOLNESS.
No, no puede ser. Están ahí. Mi deber es recibirlos. ¡Ea!, quédese aquí, entre tanto, para cuando venga él.DOCTOR HERDAL.
Y procure entretenerle el mayor tiempo posible.SEÑORA SOLNESS.
Sí, señorita Wangel, reténgale cuanto pueda.HILDA.
¿No sería preferible que lo hiciera usted misma?SEÑORA SOLNESS.
Sí, Dios mío... tal fuese mi deber. Pero cuando hay tantos deberes que cumplir...DOCTOR HERDAL. (*Mirando hacia el jardín.*)
Ahí viene.SEÑORA SOLNESS.
¡Y pensar que no tengo más remedio que irme!DOCTOR HERDAL. (*A HILDA.*)
No le diga que estoy aquí, ¿eh?HILDA.
Descuide. Hablaremos de otras cosas...SEÑORA SOLNESS.
Reténgale, por favor, ¿me oye? Se lo suplico. Nadie puede hacerlo mejor que usted.(*La señora Solness y el doctor entran en la casa. HILDA permanece de pie en la terraza. SOLNESS, viniendo del jardín, sube la escalinata.*)SOLNESS.
Me han dicho que preguntaban por mí.HILDA.
Sí, señor Solness; era yo.SOLNESS.
¡Ah! ¿Usted, Hilda? Temía que fuesen Alina y el doctor.HILDA.
¡Cuánto miedo les tiene!SOLNESS.
¿Usted cree?HILDA.
Sí; y dice la gente que también tiene usted miedo de escalar los andamios.SOLNESS.
Eso es diferenteHILDA.
¿Conque es verdad que tiene miedo?...SOLNESS.
Es verdad.HILDA.
¿Tiene miedo de caer y matarse?SOLNESS.
No.HILDA.
¿Pues de qué lo tiene?

SOLNESS.
De la expiación, Hilda.

HILDA.
¿De la expiación? (*Moviendo la cabeza.*) No comprendo.

SOLNESS.
Síntese; voy a explicárselo.

HILDA.
¡Sí, sí, desde luego! (*Se sienta en una banqueta cerca de la balustrada y fija una mirada inquisitiva en SOLNESS.*)

SOLNESS. (*Tira el sombrero sobre la mesa.*)
Ya le he dicho a usted que empecé edificando iglesias.

HILDA. (*Con un gesto afirmativo.*)
Lo sé.

SOLNESS.
Pertenece a una familia religiosa de campesinos, y edificar iglesias me parece lo más hermoso del mundo.

HILDA.
Sí, sí.

SOLNESS.
Creo que construí con tanto celo todas esas pobres iglesias pequeñitas, con tanta piedad, que..., que...

HILDA.
¿Qué? ¡Acabel!

SOLNESS.
...que verdaderamente supuse haberle contentado.

HILDA.
¿A quién?

SOLNESS.
A Aquel a quien se consagran las

iglesias, a Aquel para cuya gloria se construyen...

HILDA.
Bien. Pero, ¿cómo sabía que no estaba contento de usted?

SOLNESS. (*Mordaz.*)
¡Eli! ¿Eli, contento de mí? ¿Cómo ha podido usted pensar eso, Hilda? ¡Eli, que ha deagado en mi espíritu al duende que llevo dentro; él, que ha enviado para que me sirviera noche y día...; a todos esos...; todos esos...!

HILDA.
Todos esos demonios...

SOLNESS.
Sí, esos demonios de una y otra especie. ¡Ay, no! Comprendí muy bien que no podía estar contento de mí. (*Con misterio.*) Por eso entregó al fuego nuestro viejo caserón.

HILDA.
¡Ah!, ¿Fue por eso?

SOLNESS.
¿No lo adivina? Fue para ayudarme a que me convirtiera en un gran constructor, para que las iglesias contribuyesen a una mayor gloria suya. De primera intención no lo comprendí; pero después lo comprendí de repente.

HILDA.
¿Cuándo?

SOLNESS.
Cuando construí la torre de la iglesia de Lysanger.

HILDA.
Me lo sospechaba.

SOLNESS.
Allí, en aquel lugar apartado, estuvo cavilando durante mucho tiempo, y

acabé por discernir la razón de que me hubiera quitado los niños. Quiso descombararme de todas las cadenas, de todos los lazos de amor o felicidad, ¿me entiende usted? De ese modo habría pasado toda mi vida edificando iglesias. (*Sonríe.*) Pero no lo consiguió.

HILDA.
¿Qué hizo usted?

SOLNESS.
Empecé por estudiarme a mí mismo; procuré descubrirme.

HILDA.
¿Y luego?

SOLNESS.
Luego hice lo imposible. ¡Como Eli!

HILDA.
¿Lo imposible?

SOLNESS.
Hasta entonces nunca había podido llegar a tanta altura. Aquel día lo hice.

HILDA. (*Poniéndose bruscamente de pie.*)
¡Lo hizo usted!

SOLNESS.
Y cuando estuve arriba, en el momento de colgar la corona, le dije: "¡Oyeme, Tú que todo lo puedes: de hoy más, quiero ser el dueño de mis propios actos, como lo eres Tú de los tuyos. Ya no te levantaré otras iglesias; únicamente construiré hogares para los hombres."

HILDA. (*Con mirada resplandeciente.*)
¡Ese es el cántico que oí en los aires!

SOLNESS.
Pero todo ello no fue más que agua para su molino.

HILDA.
¿Qué insinúa usted?

SOLNESS. (*Desanimado.*)
¡Construí hogares para los hombres. Hilda... y eso no vale nada!

HILDA.
¿Lo cree?

SOLNESS.
Sí. Ya veo que los hombres no saben que hacer con sus hogares. Su felicidad no está en ellos. ¿Qué haría yo del hogar si tuviera uno? (*Sonríe amargamente.*) Sí; por muy hacia atrás que quiera recordar, no veo nada. No he edificado nada fuerte, nada sólido, ni he sacrificado nada para construir algo duradero. ¡Nada, nada, nada!

HILDA.
¿Y en el porvenir no edificará usted más?

SOLNESS. (*Recobrándose.*)
¡Al contrario; voy a empezar ahora!

HILDA.
¡Cómo! Explíquese en seguida.

SOLNESS.
Quiero construir un edificio que albergue la dicha humana...; la única que puede albergarse.

HILDA. (*Mientras le mira fijamente.*)
Maestro Solness...; está usted pensando en nuestro castillo en el aire...

SOLNESS.
Sí, pienso en nuestro castillo en el aire.

HILDA.
Tengo miedo de que se apodere de usted el vértigo a mitad del camino.

SOLNESS.
No, Hilda, si caminamos de la mano usted y yo.

HILDA. (*Sordamente, con resentimiento.*)

¿Nosotros dos solos? ¿No nos acompañará nadie más?

SOLNESS.
¿Quién iba a acompañarnos?

HILDA.

¿Y la Kaia del pupitre? ¡Pobre muchacha! ¿No la traerá usted?

SOLNESS.

¡Ah! ¿Conque era de eso de lo que estaba usted hablando con Alina hace un rato?

HILDA.

Respondame. ¿Es verdad o no?

SOLNESS. (*Vienteno.*)

¡No respondo a esa pregunta! ¡Es menester que tenga usted una fe ciega en mí!

HILDA.

He creído en usted durante diez años.

SOLNESS.

Hay que creer siempre.

HILDA.

Crearé si le veo subir sin miedo hasta lo alto de la torre.

SOLNESS. (*Que suspira dolorosamente.*)

No, Hilda; no puede hacerse eso todos los días.

HILDA. (*Apasionada.*)

¡Sí! ¡Lo quiero, lo quiero! (*Suplicante.*) ¡Por una vez, sólo una vez más! ¡Haga de nuevo lo imposible!

SOLNESS. (*Clavando en ella una mirada profunda.*)

Si lo intento, Hilda, le hablaré desde arriba como la última vez.

HILDA. (*Progresivamente emocionada.*)
¿Qué le dirá usted?

SOLNESS.

Le diré: "Oye, Tú que todo lo puedes; juzgarme como quieras; pero de hoy más no pienso construir sino una casa, la mejor casa del mundo..."

HILDA. (*Exaltada.*)
¡Eso, eso!

SOLNESS.

"...Y construiría en compañía de la princesa a quien amo..."

HILDA.

¡Sí, dígame eso!

SOLNESS.

Y diré, además: "Ahora la tomaré en mis brazos y la cubriré de besos..."

HILDA.

De muchos besos. ¡Dígame así!

SOLNESS.

"...De muchos, muchos besos." Así se lo diré.

HILDA.

¿Y después?

SOLNESS.

Agiaré mi sombrero...; bajaré...; y haré lo que he anunciado.

HILDA. (*Se arroja en sus brazos.*)
¡Oh! ¡Así le he presenciado cuando of aquel cántico en los aires!

SOLNESS. (*Bajando la cabeza y contemplando a HILDA.*)
¿Cómo ha llegado usted a ser lo que es, Hilda?

HILDA.

¿Cómo ha conseguido usted que yo sea lo que soy?

SOLNESS. (*Conciso y resuelto.*)
La princesa tendrá su castillo.

HILDA. (*Palmea alegremente.*)
¡Oh, maestro!... ¡Mi castillo...; nuestro castillo en el aire!...

SOLNESS.
Asentado sobre cimientos sólidos.
(*En la calle se ha congregado una gran muchedumbre, la cual se entrecruza a través de los árboles. Una murga callejera, de viento, interpreta diversas melodías.*)
La SEÑORA SOLNESS, cubierta con un abrigo de pieles; el DOCTOR HERDAL, quien lleva al brazo el chal blanco que tenía ella, y detrás de ambos, algunas señoras, se sitúan sobre la terraza.
En el mismo momento llega RAGNAR BROVIK por el jardín.)

SEÑORA SOLNESS. (*A RAGNAR.*)
¿Tenemos música también?

RAGNAR.

Sí. Es de la Sociedad Obrera. (*A SOLNESS.*) El capitán me ha encargado que le diga que está dispuesto a subir para poner la corona.

SOLNESS.

Bueno. (*Toma el sombrero.*) Allí voy.

SEÑORA SOLNESS. (*Alarmada.*)

¿Qué vas a hacer allí, Halvar?

SOLNESS. (*Secamente.*)

Debo estar entre mis obreros.

SEÑORA SOLNESS.

Sí; pero ¿te quedarás abajo? ¡Dí!

SOLNESS.

Siempre lo he hecho así. En tiempo ordinario. (*Desciende la escalinata y se aleja por el jardín.*)

SEÑORA SOLNESS. (*Grita desde la terraza.*)

¡Te ruego que recomienes a ese hombre prudencia! ¿Me prometes que lo harás, Halvar?

DOCTOR HERDAL. (*A la SEÑORA SOLNESS.*)
¿Ye usted cómo tenía yo razón? Ya no piensa en locuras.

SEÑORA SOLNESS.

¡Menos mal! Dos veces hemos visto caer hombres mientras se coronaban nuestras obras. Y los dos murieron en el acto. (*A HILDA.*) Gracias, señorita Wangel, por haberle disuadido de esa idea. ¡Nunca podría consolarme!

DOCTOR HERDAL. (*Fabuloso.*)

Sí, sí, señorita Wangel; usted sabe convencer a los hombres cuando se lo propone.

(*La SEÑORA SOLNESS y el DOCTOR HERDAL se reúnen con las damas que están en lo alto de la escalinata mirando hacia el jardín.*)
HILDA permanece en primer término contra la balaustrada. Se le acerca RAGNAR.)

RAGNAR. (*En voz baja, reprimiendo una sonrisa.*)
¿Ye usted, señorita, todos aquellos jóvenes?

HILDA.

Sí.

RAGNAR.

Son los compañeros que han venido a vel al maestro.

HILDA.

¿Por qué desean verle?

RAGNAR. Porque creen que tiene miedo de subir a su propia casa, y quieren comprobarlo personalmente.

HILDA. ¡Ah! ¿sí? ¡Pobrecillos!

RAGNAR. (*Sarcástico y venenoso.*) ¡Nos tuvo tanto tiempo aplañados! Hoy le veremos a él también aplañado abajo.

HILDA. No; no le verán.

RAGNAR. ¿Dónde le veremos, pues?

HILDA. Le verán allá arriba, en lo más alto.

RAGNAR. (*Sorrido.*) ¿Eh? ¡No!... No lo creo.

HILDA. Lo quiere, y le verán.

RAGNAR. Lo quiere, de seguro. Pero no puede. Le daría vueltas la cabeza sin tino antes de llegar a la mitad. Y tendrta que andar con pies y manos para descender.

DOCTOR HERDAL. (*Que señala con el dedo hacia la casa.*) ¡Mire! El capataz va a fiar la escala.

SEÑORA SOLNESS.

¡Leva la corona! Con tal que tenga cuidado...

RAGNAR. (*Mirando con asombro, grita:*) Pero, ¡sí es...!

HILDA. (*Frenética de alegría.*) ¡El maestro!

SEÑORA SOLNESS. ¡Sí, es Halvard! ¡Santo Dios! ¡Halvard, Halvard!

DOCTOR HERDAL. ¡Chis! ¡No grite usted!

SEÑORA SOLNESS. (*Como fuera de sí.*) ¡Quiero ir! ¡Hay que hacer que baje!

DOCTOR HERDAL. (*La sujetta.*) ¡No se mueva nadie! ¡Ni un grito!

HILDA. (*Rígida, sigue a SOLNESS con la mirada.*) ¡Sube, sube! ¡Cada vez más alto, cada vez más alto! ¡Miren, miren!

RAGNAR. (*Conteniendo la respiración.*) Es necesario que baje. No puede subir.

HILDA. ¡Sube, sube! ¡Ya casi está arriba del todo!

SEÑORA SOLNESS. ¡Ay! ¡Me muero de angustia! ¡No puedo resistirlo!

DOCTOR HERDAL. No mire, pues.

HILDA. Ya está de pie en los andamios más altos. ¡Arriba!

DOCTOR HERDAL. ¡No se mueva nadie! ¡Silencio!

HILDA. (*En trance, exaltada.*) ¡Por fin, por fin! ¡Vuelvo a verle libre y fuerte!

RAGNAR. (*Alto.*) ¡Oh! Pero si esto es...

HILDA. Durante diez años he estado imaginándome. ¡Qué bien se sostiene! ¡Oh, cuán emocionante! ¡Miren! ¡Pone la corona!

RAGNAR. No puedo creer lo que veo.

HILDA. ¡Ya está! ¡Lo imposible! (*Sus ojos adquieren otra vez una expresión vaga.*) ¿No ve usted a nadie más allá arriba?

RAGNAR. No, no veo a nadie.

HILDA. Si. Lucha con alguien.

RAGNAR. Ve usted visiones.

HILDA. ¿No oye usted un cántico en el aire?

RAGNAR. Es el viento que pasa entre los árboles, es el viento que pasa...

HILDA. Oigo un cántico... un cántico sonoro. (*En el ritmo de su exaltación, con alegría salvaje.*) ¡Miren, miren! ¡Se quita el sombrero! ¡Saluda! ¡Salúdenle! ¡Ya la obra está rematada! (*Arranca al doctor el chal blanco de la SEÑORA SOLNESS, lo agita y grita, con la vista fija en lo alto.*) ¡Hurra, maestro Solness!

DOCTOR HERDAL. ¡Eso no, eso no! ¡Por amor de Dios!

(*Las señoras, de pie en la terraza, ondean sus pañuelos. Se oyen hurras en la calle. De im-*

proviso se hace un silencio y todos lanzan un grito de espanto. Entre los árboles se ve un cuerpo humano que cae en medio de vrgas y andamios.)

SEÑORA SOLNESS y OTRAS QUE LA ACOMPAÑAN. (*Todas a un tiempo.*) ¡Se ha caído!

(*La SEÑORA SOLNESS vacila y se desmayo. Las otras señoras la sostienen en un coro de ayes y ruidos. La muchedumbre de la calle, rompiendo la empalizada, se precipita violentamente en el jardín. El DOCTOR HERDAL corre, como los demás, hacia el andamio. Corta pausa.*)

HILDA. (*Cual una estatua, sigue mirando hacia lo alto de la torre, y dice:*) ¡Mi maestro!

RAGNAR (*Tembloroso, apoyándose en la balustrada.*) ¡Debe de haberse estruchado! ¡Muerto en el acto!

SEÑORA 1.^a (*Mientras se llevan a la SEÑORA SOLNESS.*) ¡Yayan corriendo a buscar al médico!

RAGNAR. No puedo dar un paso.

SEÑORA 2.^a ¡Grítele usted, al menos!

RAGNAR. (*Intenta gritar.*) ¿Qué pasa? ¿Vive todavía?

UNA VOZ. (*Desde el jardín.*) El maestro Solness ha muerto.

OTRAS VOCES. (*Acercándose.*) Tiene deshecha la cabeza. Ha caído sobre el montón de piedras.

1824

HENRIK IBSEN.—TEATRO COMPLETO

HILDA. (*Serena, encarándose con RAG-*
NAR.)
Ya no le veo arriba.

RAGNAR.
¡Qué horror! Ha sido superior a sus
fuerzas.

HILDA. (*Immovel, con expresión de lo-
cura y triunfo a la par.*)
Pero, ¡ha llegado hasta lo último!
Y he oído en los aires la música de
la, con pasión frenética: ¡Mi maestro,
mi maestro!

FIN DE
"EL MAESTRO SOLNESS"

Escenarío Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RRP